Academia Superior de Artes de Bogota.
ASAB.

Monografía

La puta Enamorada
De Chema Cardeña.

Proyecto de grado
Luis Felipe Negrete C.
Artes escénicas – Énfasis en dirección

Bogotá 2002.

La puta Enamorada
De Chema Cardeña.

INDICE

1.La Obra

1.1 Argumento
1.2 Suceso De Partida.
1.3 Línea De Sucesos.
1.4 Tema
1.5 Género.

2. Generalidades.

2.1 Historia De España. (Marco Histórico De La Obra)
2.2 Vida De Velásquez (Análisis De Su Obra Y Cronología Del Pintor)
2.3 Cronología del autor (Análisis de su obra y biografía de Chema Cardeña).
2.4 Reseña sobre el teatro español contemporáneo.

3. El montaje.

3.1 La puesta en escena.
3.2 El proceso de montaje.

4. Anexos

1. LA OBRA.

La puta enamorada.
De chema Cardeña.
Dirección de Luis Felipe Negrete.

La puta enamorada fue montada como proyecto de grado por el estudiante Luis Felipe Negrete dentro del periodo lectivo del año 2001 – 2002 en la Academia Superior de Artes de Bogotá ASAB.

Para complementar el libro de dirección dentro de los anexos se incluirá el texto original, fotocopiado de la revista de la Asociación de Directores de escena de España. ADE # 175.
El texto se encontró gracias a una investigación llevada a cabo por el estudiante, en las instalaciones de la Escuela Nacional de Arte Dramático ENAD y de su Centro de documentación para las artes dramáticas.

Por razones de orden legal fue necesario establecer contacto con el autor, al cual se le pidió cediera los derechos para el montaje de la obra con carácter pedagógico, el autor accedió, así se pudo llevar a cabo el montaje de la obra. En un anexo al texto se dará a conocer la autorización del autor emitida a través del Internet.

ARGUMENTO.

¡La Calderona¡ puta cómica, quien es amante del rey llega en compañía de su criado Lucio, un cómico ladrón y rufián que siempre la acompaña, a la estancia del pintor de la corte española del siglo XII Don Diego Rodríguez de Silva y Velásquez. Conocido como maese Velásquez, antes de arribar al estudio del pintor La Calderona es bañada en orines, lo que provoca la risa de Lucio al llegar a la estancia. Una vez al interior del recinto entran en discusión lanzándose improperios, cuando van a irse del sitio debido al retraso del artista Lucio aprovecha para sustraer un vaso de oro propiedad del pintor, La actriz se percata del hecho y se entrelaza en una lucha con el cómico para que este retorne lo robado, en ese preciso instante llega Velásquez quien los sorprende, el par de actores intenta modificar la situación pero el pintor aprovecha para sacar partida, humillando tanto a la Calderona como a su voluntarioso criado.
La amante del rey utiliza estrategias de coqueteo y evasión, a la vez que deja fluir su arrogancia; así intenta colocarse en el estatus del pintor, el maestro reposta y entonces la mujer decide encaminarse hacia lo laboral.
El pintor a la vez que juega con el mal olor que la mujer expele, anota que Lucio también será pintado en el retrato. La Calderona protesta y toma la decisión de anular la actividad, pero el cómico interviene y quedándose a solas con la actriz logra convencerla y hacerla posar para el cuadro, sin embargo ella ha colocado una condición: que el pintor no le dirija la palabra y que cuando desee hacerlo lo haga por medio de Lucio.
El creador plástico retorna a su estudio y después de entender lo planteado acepta, los dos actores se van y el pintor deja entrever su verdadero plan (espiar para la reina). Así finaliza la primera jornada de la obra.

La pose de Lucio y la Calderona dan inicio a la segunda jornada, aquí vemos a Lucio aquejado por las rasquiñas y posteriormente por el deseo de aliviarse corporalmente, cuando Lucio deja solos al pintor y a la actriz

La pose de Lucio y la Calderona dan inicio a la segunda jornada, aquí vemos a Lucio aquejado por las rasquiñas y posteriormente por el deseo de aliviarse corporalmente, cuando Lucio deja solos al pintor y a la actriz surge entre estos una discusión, porque la Calderona canta estremeciendolo, Lucio llega en medio de la contienda interviniendo y echando a pique el primer trato que consistía en servir de intermediario, seguidamente se soluciona el problema y los contrincantes llegan a un nuevo acuerdo consistente en no hacerse daño mutuamente y en dirigirse la palabra solo para darse indicaciones, llegado este momento de calma el pintor decide continuar su retrato pero se escuchan desde la calle improperios lanzados contra la Calderona, quien se acerca al balcón para hacerle frente a los agravios, el pintor trata de impedirlo a la vez que envía a Lucio a espantar a las mujeres. Don Diego y la actriz quedan solos y entran en una conversación en la que dejan ver sus sentimientos, la actriz le dice al pintor que ella al igual que él también retrata a los hombres en sus sabanas y realiza un seductor juego donde le muestra como es esto, hasta el rey es retratado por la mujer, pero en el punto en que la Calderona pregunta al pintor por la reina retorna Lucio con una mascara, dice que la ha utilizado para escabullirse de las brujas, seguidamente el pintor les incita para continuar con la pintura, a lo cual los actores se oponen, pues están en carnaval, es allí cuando el pintor monologa sobre la condición de los seres humanos con ese sentido de la vida, al terminar su intervención la Calderona vaticina que él está arriba pero que pronto caerá, después de esto el autor plástico sorprende al decir que pintará un cuadro de la Calderona desnuda, ella y su criado se oponen pero luego la mujer cede, el cómico intenta disuadirla para que no lo haga.

Al final el pintor consigue su objetivo, no sin antes vendar a Lucio quien no puede presenciar a la mujer desnuda; el pintor exalta la belleza de la mujer comparándola con Afrodita la diosa del amor, a raíz del termino amor, pintor y modelo entran en una confrontación y la mujer se va sin permitir que el pintor realice su labor.

Acontecido esto el pintor y el cómico quedan solos, el maestro le quita la venda que le impedía ver, de repente se escuchan tambores que se acercan,

Lucio se asoma al balcón e identifica a la procesión, el santo oficio, comenta que van a quemar a una mujer, y relaciona a esta con el pintor, quien viéndose descubierto arremete contra el cómico y lo ultraja, el pintor se retira a palacio.
Regresa la Calderona y encuentra a Lucio contando unas monedas este intenta en vano esconderlas, la mujer lo persuade y se las quita, identifica en la bolsas que las contienen un sello y agarrando a Lucio de la entrepierna le hace decir la verdad sobre la procedencia de las mismas(Lucio a obtenido las monedas a cambio de espiar al pintor), Lucio le pide que acceda a sus deseos esta lo ultraja el cómico dice que acudirá a los tribunales y realiza una mímica en la que simula estar dando testimonio acusándola de bruja.
La Calderona corre despavorida y Lucio queda solo echándola de menos y festejando a pesar de su dolor.

La tercera Jornada nos muestra en un comienzo un Velásquez un poco ebrio y a un Lucio que llega y lo refresca contándole una anécdota de forma muy vivaz que tiene que ver con una apuesta realizada con Gracian el criado del pintor (su odisea por el convento), terminado el cuento ambos hombres rien a carcajadas y repentinamente llega la Calderona, el cómico escucha a Gracian silbar por la calle y corre tras él no importándole dejar sola a su señora y al pintor, tras la salida del cómico y ante el deseo de poseer a la Calderona, Velásquez intenta abusar carnalmente de la mujer esta se opone y tras largos monólogos donde dejan ver sus verdaderos deseos se reconcilian y se dan un extenso beso, en ese preciso instante retorna Lucio completamente transformado anímicamente y le dice al pintor que a encontrado mucho más de lo que pensaba, dice que la reina estará fascinada de ver a la puta del rey desnuda, ante esto el pintor reacciona violentamente, el rufián se defiende y descubre la treta hecha por el pintor, quien se defiende diciéndole a la actriz que la ama. La mujer trata a todos los de la corte como cobardes y decide irse pero en ese instante el cómico anuncia la llegada de la guardia de la inquisición quien ha venido a llevarse

al pintor, acusado de alumbrado, el pintor se va y la Calderona le increpa el acto al cómico.

El epilogo reconoce a un creador plástico que vive en penumbras y a una Calderona que retorna para despedirse. Velásquez no encuentra aun razón por la cual el rey no lo ha castigado, la Calderona no le desea contar el porque, Lucio entra sigilosamente en el taller y comenta que ha venido a despedirse antes de regresar al pueblo de La Mancha donde el rey lo ha desterrado, el pintor reacciona y lo intenta expulsar de su casa , el rufián armado lo domina y la mujer intercede para salvar al maestro, el cómico cuenta la verdad: La Calderona tendrá un hijo del rey y lo entregará para salvar al pintor. Lucio se marcha, posteriormente el pintor y la actriz entran en una dialogo de reproches, al final la mujer se va y Velásquez sufre por su partida gritando enloquecido su nombre.

I.3

SUCESO DE PARTIDA..

La reina y Don Diego Rodríguez de Silva y Velásquez planean realizar un cuadro de La Calderona, con el fin de humillarla y hacerla caer en su trampa, llena de espionaje y traición, según advertimos lo que esperan estos dos es que la actriz deje ver que es una mujer sin agüeros del bajo mundo y que practica la brujería; para hacerla llevar a la pira (las brujas eran quemadas, según reglas de la inquisición)......

La obra tiene entonces su punto de partida en esta treta tejida por la reina y el cortesano. Pero no se detiene ahí porque otro de los cortesanos lleno de envidia contra Velásquez realiza un pacto con Lucio para que este también espié al pintor, de esta forma la historia entrelaza dos tramas llenas de rencor, odio y muerte.

I.3

ANÁLISIS DE LA OBRA POR SUCESOS.

Para una mejor comprensión y para encontrar juegos que me permitan como director enriquecer la obra he decidido titular cada uno de los sucesos, con un nombre que sale de la compresión de su interior.
Esto apoya de igual forma a los actores, porque al remitirse a un determinado suceso no lo hace por una simple numeración, sino que encuentra un aliciente para las acciones que en este suceso se desarrollan.

De igual forma se irán citando las escenas, ordenadas por entradas y salidas de los personajes.

Prologo:
Lucio realiza un remembranza de un echo ocurrido hace cinco años, recuerda que ha retornado al mismo lugar (la calle, el balcón, la casa) y trae de vuelta los olores sensaciones de ese entonces.

Jornada primera.

Escena 1ª

Suceso 1º.
La llegada.
Lucio entra riéndose de algo que acaba de acontecer, la Calderona llega tras él sucia de orines que le han sido lanzados desde una ventana vecina; la

Calderona hace referencia a lo acontecido, Lucio no soporta el deseo de reirse y se burla del percance.
El lugar donde han llegado es el taller del pintor Velásquez, la pareja llega para que a la Calderona se le realice un retrato.

Suceso 2º.
Incomodidad.
La Calderona dice que no podrá presentarse ante el pintor con ese olor, Lucio fingiendo le dice que el olor no es casi perceptible.

- *En este suceso la Calderona deja entrever que siente cierta admiración por la persona con la cual se va a encontrar, de lo contrario no le daría importancia a su afectación.*

Suceso 3º.
Recuerdos.
Lucio le recuerda a la Calderona que no es la primera vez que le sucede; que debería dejar tanto remilgo, la Calderona le reposta y le exige respeto.

- *La Calderona en este suceso intenta crearse un estatus superior al de Lucio.*

Suceso 4º.
El arte.
La Calderona tras la tardanza del pintor se altera y revisando el lugar dice que ese no es más que una porquería, Lucio le hace ver que los artistas no dan valor al lujo solo al arte.

Suceso 5º.
La puta.
La Calderona y Lucio discuten sobre el supuesto conocimiento del arte que él posee, de esto deriva que Lucio le recuerde que el oficio de ella es la prostitución.

- *Este suceso deja ver que Lucio es un personaje de baja calaña y que se le tilda de ladrón. Lucio muestra que la Calderona es alguien que pertenece al bajo mundo.*

Suceso 6º.
Trifulca.
La Calderona tras el insulto de esto arremete contra este, los dos se enfrascan en una contienda donde la mujer le lanza objetos y el cómico improperios, que según él son promulgados por la gente de Madrid. La Calderona al final del suceso le lanza un zapato y queda afectada.

Suceso 7º.
La promulga.
La Calderona lanza un fuerte discurso en el que afirma que todo lo que ha hecho ha sido por salir adelante, de igual manera da a entender que ha luchado en la búsqueda de su dignidad, en su libertad.

- *Surge en este suceso una promulga clara hecha por la Calderona en la que deja ver su deseo de ser digna. Esto nos acerca al tema tratado en la obra "la dignidad".*

Suceso 8º.
La marcha.
La Calderona decide marcharse, Lucio le advierte pero sin embargo la decisión ya está tomada.

Suceso 9º .
El Robo.
Lucio aprovecha la circunstancia para robar un vaso de oro que hay en el lugar, la Calderona descubre su acción y esto provoca que se enfrasquen en una nueva contienda, porque a la mujer le parece que pueden ser tildados de ladrones; el lío es llevado al plano físico.

Escena 2ª

Suceso 10º.
Pillados.
Entra repentinamente don Diego el pintor y encuentra en el forcejeo a la pareja.

- *Tras ese suceso el artista deduce que se trata de gente de baja calaña y de inmediato eleva su estatus.*

Suceso 11º.
Mal venidos.
El pintor identifica a los personajes que han arribado abruptamente a su taller.

Suceso 12º.
Diálogos.
Don Diego y la Calderona tras el desaire del pintor se sientan a dialogar, la mujer le hace ver que es poco cortés.

Suceso 13º.
Piojos.
Lucio se rasca mientras el pintor y la actriz hablan, esto exaspera al pintor quien le pide a la Calderona que lo siente, esta se opone.

Suceso 14º.
Perra.
Velásquez menciona el olor que fastidia el ambiente y acusa a su criado de haber dejado entrar un perro en la estancia. Lucio por su parte dice que se debe tratar de una perra en celo.

- *Este suceso hace pensar que el pintor desconoce que la mujer es quien huele a fétido y demuestra tras el texto de Lucio que la Calderona gusta del artista.*

Suceso 14º

Vendido.

El pintor trata de ponerse de acuerdo con la actriz en una fecha de inicio para su labor, la actriz por su parte satura la conversación con frases insultantes hasta que llega al punto en que lo acusa de venderse como una ramera.

Suceso 16º.

Mi labor.

Frente a los insultos y acosos de la Calderona el Maestro Velásquez se defiende diciendo que él solo cumple ordenes y coloca en su puesto con injurias verbales a la mujer.

Suceso 17º

A trabajar.

Restándole importancia a las últimas palabras del pintor la Calderona decide fijar un día y hora para empezar los trabajos relacionados con la pintura de la obra. Velásquez acepta.

Suceso 18º

Mi perfume.

Velásquez decide acercarse a la Calderona para ver de cerca su rostro, la mujer se escabulle para evitar que el maestro se percate de su particular olor a orines.

Suceso 19º.

Lucio en el cuadro.

Repentinamente el actor examina a Lucio, este abrumado pregunta el porqué de su observación, el pintor deja saber que el cómico también será pintado, La Calderona se opone.

Suceso 20º

La Negativa.

El pintor señala a la mujer lo valioso de un cuadro, la mujer dice que ante la situación no aceptará ser pintada, pues no permitirá la presencia de Lucio en su cuadro y decide marcharse

Suceso 21º

Mediaciones de Lucio.

Lucio interviene, haciendo que la Calderona desista de su idea, pide a su vez tiempo al pintor para convencer a la mujer; Velásquez acepta y los deja solos.

Escena 3ª.

Suceso 22º

Su madre.

La mujer increpa al cómico y le pregunta cual es su finalidad, de igual forma grita improperios contra el pintor.

Suceso 23º

Los intereses.

Lucio le dice a la Calderona que en la corte se mueven extraños intereses y que ella debe tener cuidado.

Suceso 24º.

Caprichos reales.

Lucio Cuenta a La Calderona que ha hablado con la Murciana, otra actriz, y que el rey también la frecuenta, ante esto la Calderona deja ver sus temores, Lucio estratégicamente le dice que avisará al pintor de su negativa decisión.

Suceso 25º.
El interlocutor.
La Calderona le dice a Lucio antes de que este de aviso al pintor que acepta el trato pero bajo condición, la cual consiste en que él sirva de interlocutor entre ella y Velásquez, pues no desea dirigirle la palabra. El cómico accede.

Escena 4ª.

Suceso 26º.
El trato.
El pintor retorna, Lucio expone la condición y el pintor después de analizarla termina aceptándola.

Suceso 27º
Aceptación y despedida.
Por intermedio de Lucio, Velásquez y La Calderona, llegan a un acuerdo en cuanto a condiciones para desarrollar el trabajo, posteriormente la mujer decide salir, en la salida Don Diego hace ver a Lucio que ya sabia el percance con los orines sufrido por La Calderona.

Escena 5ª.

Suceso 28º.
Orines a Lucio.
Tras su salida lucio deja escuchar que también sobre él han caído orines; el pintor se burla del suceso y vocifera el contenido de una carta a la reina: La paloma a entrado en la Jaula ahora solo es cuestión de apretarla. Llama a Gracian, su criado, para que la lleve a su destino.

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSE DE CALDAS
SISTEMA DE BIBLIOTECAS

Jornada segunda.

Suceso 29º.

Lucio desea ir al baño.

A Lucio, lo incomodan las continuas rasquiñas, ante esto el pintor se desespera, pues no existe una pose fija para desarrollar su pintura, aparece posteriormente una necesidad corporal en el cómico, ante esto el pintor cede y le da permiso.

Escena 6ª.

Suceso 30º .

La Cantante.

La Calderona Canta provocando al pintor, este reprocha el canto de la mujer y llama a Lucio para que la calle, el cómico interviene congestionado desde el baño. Don Diego y la Calderona entran en una fuerte contienda hasta que reaparece Lucio quién calma los ánimos.

Escena 7ª.

Suceso 31º .

Nuevo trato.

Lucio regresa y dice que ya no servirá más de interlocutor, que eso es una locura y tras una breve charla Don Diego y La Calderona acceden a un nuevo trato consistente en dirigirse solo las palabras necesarias.

Suceso 32º.
Improperios callejeros.
Cuando Velásquez intenta reiniciar nuevamente su trabajo, se empiezan a escuchar agravios en contra de La Calderona, que provienen de la calle, el pintor se asoma al balcón y constata lo dicho, ante esto La actriz arremete contra las mujeres y las incita para que suban de una en una, el pintor la sujeta y pide ayuda a Lucio, posteriormente le dice al cómico que salga y espante a las mujeres, el actor accede con negativas.

Escena 8ª.

Suceso 33º.
Enemigos.
Tras la salida de Lucio los improperios cesan, La Calderona se queja de los agravios recibidos, Don Diego le dice que a ella no es a la única persona que insultan y pone cómo ejemplo los improperios que él ha recibido.

Suceso 34º.
Pensamientos.
La Calderona pregunta a Velásquez qué piensa de ella, antes esto el pintor responde con una sarta de términos denigrantes, y le hace saber que en ese país la gente no escatima en menospreciar y estropear la labor de los demás.

Suceso 35º.
Chismes.
La Calderona pregunta a Don Diego si realmente es el amante de la reina, ante esto el pintor le pregunta el porqué, la mujer le dice que podrían intercambiar chismes de alcoba.

Suceso 36º.
Lienzos de la Calderona.
La Calderona le cuenta al pintor que ella al igual que él también retrata a los hombres en sus sabanas, el pintor se interesa por esto y la mujer uno a uno le va demostrando como son los hombres en el momento final, por último Velásquez se interesa por el rey, la mujer le cuenta y esto desata la risa del artista.

Suceso 37º .
El honor de la reina.
La Calderona pregunta al pintor por la reina y este la defiende.

Escena 9ª.

Suceso 38º.
Donde estuvo Lucio?
El cómico retorna diciendo haberse logrado escapar de las mujeres. La Calderona le pregunta donde estuvo, seguidamente el pintor le indica que continuarán con la pintura, a lo cual se opone el cómico aseverando que están en carnaval y que sería mejor dejarlo.

Suceso 39º.
Parodia del baile en el palacio.
Ante la oposición del pintor, los actores se burlan parodiando lo que sería un baile en palacio, en el cual el artista baila con la reina..

Suceso 40º.
Los Holgazanes.
La Calderona reprocha la actitud del pintor, ante esto el pintor arremete contra todas las personas que sobreponen el placer al trabajo, dejando escuchar un texto bastante fuerte donde expresa lo indigno que estos son.

Suceso 41º.
Exclusión de Lucio.
Posteriormente La Calderona decide continuar, El pintor le dice sorpresivamente a Lucio que el ya no irá más en el cuadro.

Suceso 43º.
Desnúdate.
El pintor indica a la mujer que pintará un cuadro de ella desnuda, ante esto La Calderona y Lucio se oponen.

Suceso 44º.
Aceptación.
Velásquez convence a La Calderona de la importancia del desnudo, esta accede, Lucio se opone.

Escena 10ª

Suceso 45º.
La pose.
Ante la presencia de Lucio a quien la Calderona no desea dejar ver sus atributos físicos Don Diego decide vendarle los ojos, La Calderona sale envuelta en un lienzo blanco y posa de espaldas para el pintor.

Suceso 46º.
La venus del espejo.
El pintor ubica a la actriz ahora modelo en una mejor pose haciéndola sostener un espejo, ante esto y las indicaciones del pintor Lucio protesta. Velásquez a la vez compara a la actriz con la diosa del amor.

Suceso 47º.
Amor o sexo.
La Calderona dice que el amor es hermoso, ante esto el pintor la contradice y entran en una discusión en la que el artista menosprecia el sentido del mismo y lo deja en un plano carnal.

Suceso 49º.
La gota que rebosó la copa.
La mujer se enfurece y se retira del estudio, no sin antes increpar al pintor diciéndole que no es bueno para él ver tanta belleza.

Escena IIª.

Suceso 50º.
El ciego.
Lucio cree quedar solo en la estancia y vocifera para que le sea retirada la venda, después de un corto tiempo el pintor accede.

Suceso 51º .
Traidor.
Lucio abre sigilosamente la Biblia del pintor y saca de esta un papel que esconde rápidamente, posteriormente el pintor le dice que no revise sus cosas y le indica que se quede quieto.

Suceso 52.
La quema de La Bendita.
Se escucha una música de tambores que pasa por calle Lucio se asoma y ve que se trata del santo oficio, que van a quemar a una mujer, el pintor la reconoce, entonces Lucio lo relaciona con esta quien lo miró al pasar, además dice que ella es uno de los alumbrados y que caerán, el pintor reacciona contra el rufián a quien trata de cretino.

Suceso 53º.
Advertencia.
El pintor decide ir al palacio, Lucio le advierte que tenga cuidado.

- *es importante el trasfondo de esta advertencia pues involucra el tema del espionaje, el cual realmente parece ser un hilo conductor y motor de muchas acciones.*

Escena 12ª.

Suceso 54º.
El espía. (resentimiento y envidia)
Tras la partida de Don Diego el cómico deja ver unas bolsas que lleva consigo, a las que trata como un gran botín, repentinamente retorna La Calderona quién lo descubre, este las esconde, ella le dice que la deje ver, él se opone, entonces la mujer lo toma repentinamente de la entrepierna y lo hace decir la verdad: Las bolsas son un botín recibido por el truhán a cambio de información que relacione a Velásquez con la secta de los alumbrados, contrarios a las postulaciones reales.

Suceso 55º.
La bruja.
La Calderona le dice al pillo que lo delatará este le dice que no lo haga o de lo contrario el irá a los tribunales y dirá que ella es una bruja, la mujer menosprecia sus amenazas, pero el cómico realiza una representación de lo que haría frente al jurado, la mujer asustada corre.

Suceso 56º.
Lucio no tiene dueño.
Lucio jura que no dejará doblegar nuevamente, aunque anhela el amor de la mujer, dejando de lado eso recuerda que es carnaval y retoma su actitud alegre.

Jornada tercera.

Escena 13ª.

Suceso 57º.
El entremés.
El pintor quien parece haber bebido y esta medio dormido escucha que se acerca Lucio, ante esto toma una actitud vigilante.
Lucio llega y cuenta al pintor que le ha ganado una apuesta a Gracian, el criado del pintor, consistente en entrar al convento de la monjas y pasar una noche al interior del mismo, de igual manera relata al pintor toda su odisea y los resultados de la misma, gracias a esto el maestro cae en su treta y termina jugando y riendo con él.

Escena 14ª

Suceso 58º.
El regreso de la Calderona.
La Calderona regresa y pide excusas por su retraso, recuerda al pintor que se represento un auto sacramental.

Suceso 59º.
La deuda.
Lucio escucha a Gracian pasar bajo el balcón y lo increpa con malas palabras para que le pague lo apostado. Sale tras el criado.

Escena 15ª.

Suceso 60º.
La advertencia.
La Calderona comenta al Maestro los peligros que lo rodean, este no le hace caso de lo mismo y le dice que miente.

Sucesо61.
El acoso.
Velásquez le dice a La Calderona que ella realmente lo que desea es amarlo e intenta tomarla carnalmente por la fuerza ante esto la mujer se defiende y lo toma por la entrepierna, el pintor se libera y la mujer lo amenaza con hacerlo azotar.

Suceso 62º.
Hasta hoy lo admiraba.
La Calderona expone razones por las cuales pensaba que Don Diego realmente era un gran hombre y lamenta haberse equivocado.

Suceso 63º.
Todo es mierda.
El pintor descarta toda los conceptos de belleza de los que habla La Calderona y dice que todo no es más que mierda, da valor a la Calderona como persona y la coloca por encima de aquellos que habitan la corte, además dice sufrir y pide a la mujer que lo golpee.

Suceso 64º.
La pasión.
La mujer se niega a hacerlo y los dos terminan besándose.

Escena 16ª

Suceso 65º.
Lucio regresa envenenado.
Con un notable cambio de actitud Lucio regresa (cargado emocionalmente). El pintor le pregunta si recuperó lo buscado, el cómico le dice que eso y mucho más. Entonces Velásquez decide retomar la pintura del retrato, Lucio dice que si que hay que acabarlo para dejarle ver a la reina "La puta del rey desnuda" Velásquez arremete contra Lucio, La Calderona intenta intervenir y pregunta a Lucio quien se ha liberado si se ha vuelto loco.
Lucio pone en claro la situación.

Suceso 66º.
La encerrona.
Lucio delata a Velásquez mostrándole a La Calderona el papel que contiene la información que este había enviado a la reina.

Suceso 66º.
Cobardes.
La Calderona enfurecida vocifera en contra de Velásquez y toda la corte y dice que todos no son más que unos cobardes. Expone lo celopática que ha resultado ser la reina, y decide marcharse.
Antes de que la Calderona se valla Lucio cuenta que ha ido a la troya (Se escucha la guardia de la inquisición).

Suceso 67º.
Diego el mártir.
Velásquez acepta su destino y sale par ser llevado por la guardia, no sin antes insultar al traidor y despedirse de La Calderona.

Escena 17

Suceso 68º.
La tarasca.
La Calderona le repudia a Lucio el hecho de haber traicionado al pintor. Él le dice que trata de ayudarla, el otro de hundirla y aun así lo ama. Habla también de los nobles y de sus traiciones entre sí. Escucha pasar la tarasca y dice que se unirá a ella para devorarla o ser devorado.
La Calderona concluye llevándose las manos al vientre y aseverando que ya nadie estará seguro.

Epílogo.

Escena 18ª

Suceso 69.
Penumbras.
En medio de la penumbra se ve a un Velásquez acongojado. La Calderona arriba al lugar y lo llama; de repente el pintor aparece y deja ver que sufre por haber sido extrañamente perdonado por el rey.
La Calderona le comenta que Lucio ha sido desterrado, entonces Velásquez grita por la ventana que es un alumbrado y pide explicación.

Escena 19ª

Suceso 70º.
Cuéntaselo.
Lucio quién ha entrado sigilosamente le dice a La Calderona que se lo cuente, al advertir su presencia el pintor intenta sacarlo por la fuerza pero

es sometido por el rufián con una navaja, este a su vez le cuenta al pintor la verdad: La Calderona tendrá un hijo del rey, ella ha sido quien lo ha salvado, entregará su hijo y pasará el resto de su vida en un convento.
Lucio ultraja al pintor y se va.

Escena 19ª

Suceso 71º.
El bastardo real.
La Calderona acepta la verdad y dice al pintor que lo dicho por Lucio es real.

Suceso 72º.
La verdadera puta del rey
La Calderona dice al pintor que ahora será la puta del rey, decide marcharse, pero el maestro intenta detenerla aunque ella se ha convertido en ese punto algo inalcanzable para él.

Escena 20ª

Suceso 73º.
Sufrimiento.
La Calderona se marcha y Velásquez enloquece por su ausencia hasta ver el cuadro de la venus del espejo y dejar escapar sus últimos gritos de angustia.

1.5

Conflictos.

Más allá de los líos de alcoba que inicialmente se juzga podrían llevar al particular desenlace de la trama o a la virtual dificultad que suscita en el pintor desarrollar un cuadro para una mujer tan de baja calaña como lo podría ser La Calderona y de su criado, un ser tildado de truhán, ladrón y hasta asesino existen otros conflictos que se encargan realmente de propulsar las líneas de pensamiento y acción de los personajes.

uno de los temas de mayor profundidad y peso es la muerte aunque no llega del todo, parece asomarse por la ventana dejando entrever sus blancas fauces, al tiempo que logra pisarle los talones a todos los integrantes de esta trama.

Es la época de la inquisición y la muerte es el pan de cada día, el espionaje y la traición son normales, por lo tanto todos deben estar en máxima alerta y no dejarse sorprender por aquellos que los envidian u odian.

Como podemos ir descubriendo durante el transcurso de las acciones el pintor pertenece a un culto denominado "Los alumbrados" secta del siglo XVI y XVII que negaba todo poder divino ajeno al de Dios, no aceptaban el poder del rey como fuerza omnipotente, las personas que practicaban sus cultos eran perseguidas, enjauladas y llevadas a la pira.

Otro conflicto interno de la obra esta en "La traición" todos se traicionan entre sí.

Velásquez traiciona a La Calderona cuando en compañía de la reina urden la treta para hacerla pasar por todos los suplicios posibles, hasta hacerle descubrir su verdadera personalidad y su relación con la brujería.

Lucio traiciona a Velásquez cuando acepta dinero para espiarlo y descubrir ante los cortesanos que se trata de un alumbrado y que por lo tanto está en contra de las postulaciones reales, para de esta forma hacerlo llevar a la pira, de igual forma traiciona a La Calderona cuando le dice que la desenmascarará como una bruja, aunque este punto podría verse más como una amenaza que como una traición, se puede juzgar que la traición

aparece en el momento que entrega a Velásquez a la guardia de la inquisición teniendo en cuenta que el pintor es el amor de la actriz.
Se complica aun más la enmarañada trama de la obra al descubrir La Calderona que ha sido traicionada y viendo caído al pintor aboga por él, de esta forma inculpa a Lucio y por ende también lo traiciona.

Realizando entonces una análisis técnico encontramos que la obra está compuesta por diferentes capas yuxtapuestas donde la traición ligado al espionaje, la muerte, el amor que implica celos y sexo y hasta las ansias de poder y riquezas tienen cabida.

La traición
----------Espionaje----------
Amor
---------- Celos ----------
Poder
----------riquezas----------

Desde una visión general, dando importancia gradual de arriba hacia abajo los conflictos de la obra estarían expuestos y concebidos para el entendimiento del director en la anterior disposición.

1.6

Tema.

Después de haber realizado varias lecturas y analizando cada detalle de la interrelación de los personajes podemos decir que en esta trama todos buscan ubicarse dentro de la sociedad en la cual circulan de una mejor forma, elevarse a grandes instancias, queriendo que sus actos sean rememorados y que se les respete y venere a pesar de tener en contra a los más difíciles adversarios, uno de ello es el denominado escarnio público, esto me hace deducir que el tema de la obra sea la "dignidad humana".

Un ejemplo de ello es La Calderona, quien después de haber vendido su cuerpo desea recomponer la ya rota copa de la dignidad, utilizando para ello su influencia y los bienes adquiridos por ser amante del rey.

El tema de la obra, impulsa a La Calderona a exigir que se le respete, a buscar un mejor nivel de vida y ante todo a encontrar el amor verdadero, un amor por el que a ella no le tengan que pagar, un sentimiento sincero que entrega un hombre a una mujer que ama. La Calderona busca un ser que le guste, que la sorprenda y que ante todo que llene esos vacíos de existencia que por lo general circundan a las personas como ella. Debemos saber que La Calderona es Comediante. Los cómicos, no solo los de esta época, eran vistos como seres de bajo perfil, gente de un mundo despreciable asociado a la prostitución, a los vicios y extrañas veces eran venerados por las personas de la nobleza, esto parece de igual forma impulsar a esta mujer en busca de su dignidad y la de su profesión.

Para Lucio su dignidad es maltratada cada vez que a las demás personas se les antoja, El cómico pone de manifiesto su inconformidad casi en la totalidad de la obra actuando de forma contestataria, enfrentándose a los designios que el destino le coloca. Aunque al final es desterrado quedando como un ser sin ninguna dignidad.

La dignidad humana es y seguirá siendo en nuestro entorno contemporáneo una necesidad básica, algo que se requiere con suma urgencia, esto con el fin de evitar los atropellos y los maltratos que sufren

millares de personas abandonadas a la deriva, en un sistema que se convierte en algo cada vez más fatal, donde impera la opresión y la barbarie.

El pintor es atropellado de igual forma que los otros personajes, por que se encuentra atado a los requerimientos del rey, a los designios de una reina manipuladora y celosa hasta que se da cuenta que debe deshacerse de ese yugo, cuando aparece el verdadero amor. Su dignidad no es respetada por las personas que en la corte urden la traición en su contra, se nota que la envidia, el rencor y el impedir cualquier discernimiento político, social o religioso imperaba en esa época.

A partir de esto realicé un parangón con el maltrato que sufren muchas personas hoy en día, la continua violación a los derechos humanos, a la dignidad de muchos seres. A aquellos que proponen cualquier tipo de pensamiento distinto al planteado por los gobernantes de un estado o regidores de un orden monárquico, religioso o social. Estos sujetos son perseguidos, encarcelados, asesinados y desaparecidos.

Un ejemplo claro de esta situación es el padecimiento de las personas pertenecientes a los llamados grupos de izquierda que hay en nuestro país, bien sean sus ideas socialdemócratas, comunistas o revolucionarios, la persecución se hace sentir y el número de victimas a causa de esta violencia, de este callar los gritos de los dolientes es cada vez mayor.

En general podemos decir cuando hablamos de dignidad que nos estamos refiriendo al respeto que se merece cada uno de los individuos que conforman una sociedad. Hasta el más miserable (si es que existen los verdaderos miserables) de los seres humanos merece respeto y por lo tanto tiene derecho a un honor.

Deseo plantear de igual manera un antítesis personal que me permite dar otro entendimiento al tema de la obra no permitiendo que esta ni los personajes queden en un simple plano de sufrimiento, sino que se apoye en aquello que denomino "la continua ambigüedad del ser humano".

Según algunos pensadores la dignidad no es necesaria para vivir y aun pareciendo un ser inútil e indigno se puede llegar a prestar algún servicio,

esto hace pensar que todo ser humano existe por que así debe ser, por que debe cumplir con algún designio, con alguna actividad, como si se tratara de los personajes de las obras teatrales.

Es muy extraño encontrar algún personaje que aparezca en una obra y no cumpla con ninguna actividad.

Para dar un ejemplo de esta dignidad a la cual hago referencia citaré una metáfora:

Una vez un gran hombre realizaba un largo viaje en compañía de sus discípulos, llegaron a un bosque donde cientos de leñadores estaban talando árboles, El bosque entero había sido talado excepto un enorme árbol con cientos de ramas, era tan grande que diez mil hombres se podían sentar bajo su sombra.

El gran hombre le pidió a sus discípulos que fueran a preguntar por que ese árbol no había sido talado. Fueron y preguntaron a los leñadores, quienes respondieron: "Este árbol es completamente inútil, no se puede hacer nada con él por que cada rama tiene muchos nudos, no se le puede usar como combustible porque el humo que produce es dañino para los ojos, es un árbol completamente inútil, por esto no lo hemos cortado".

Los discípulos volvieron y se lo contaron al gran hombre. El se rió y les dijo "Sean como este árbol, si ustedes son útiles los cortaran, si son hermosos los convertirán en muebles de alguna casa, sean como este árbol inútiles, así crecerán y muchos encontraran sombra bajo sus ramas".

Es necesario entender que ser realmente digno esta más allá del que dirán y que la verdadera dignidad se encuentra en el amor a uno mismo.

Aquí podemos hacer un salto y hacer un parangón entre la dignidad de la que hablamos en la parábola y la de los personajes de la obra quienes actúan inicialmente más por deseo de riqueza y por vanidad que por amor, pero con el transcurrir de la faena nos damos cuenta que este sentimiento es el que verdaderamente los mueve.

I.7

Los personajes

Aunque parecen de fácil interpretación, sin embargo hay que tener claro cualquiera de los matices y las estrategias que estos utilizan para buscar y encontrar sus objetivos de lo contrario se pueden transformar en una dificultad que obstaculizaría el desarrollo del montaje. Por esto se convierten Velásquez, La Calderona y Lucio en un rompecabezas que el director debe lograr armar.

En primera instancia tenemos a un Velásquez, contenido, con una actividad interior muy fuerte, que a medida que la trama avanza va siendo expulsada, la primera impresión que causa en el director es la de un hombre frió y calculador, esta debe ser transmitida al público. Es Velásquez un hombre que ama pero que se resiste a este amor, por que siente que le amor cohíbe lo cual crea en su interior fuerzas en pugna.

La Calderona es una mujer sin escrúpulos, movida interiormente por el fuego y que con la evolución de la obra deja entrever su lado humano, sus deseos reprimidos y su logros alcanzados a partir de su trabajo carnal, es caracterológicamente histérica, apoyando gran parte de sus acciones en el sexo y el dominio y manipulación del mismo. Durante el transcurso de la obra el personaje toma diferentes matices, pasa de ser una mujer que odia a una totalmente enamorada y que entrega su vida por ese amor que ha surgido en sí, es esto ambiguo con relación a lo planteado inicialmente. La Calderona odia a todos los que la rodean, pero de igual forma desea ser realmente amada.

Por último tenemos a Lucio quien se podría encasillar como un maniaco, un hombre que externamente deja ver felicidad y alegría, pero que por dentro está lleno de resentimiento, con ansias de riqueza y venganza, cosa esta que se va viendo con el paso de las acciones al igual que en los demás personajes.

El juego de la continua ambigüedad, esa contradicción del ser humano, queriendo algo, que al mismo tiempo se odia es clave para que los personajes quienes encuentran en esto un motor que los impulsa desde su interior desarrollen las estrategias para alcanzar su éxito.

Esta es una visión general y clara que el director tiene de los personajes para ser entregada a los actores quienes deben adoptar estas propuestas y mejorar su interpretación la cual se amolda a las necesidades de la puesta.

2. GENERALIDADES.

2.1

Marco histórico de la obra.
Historia de España en los siglos XVI y XVII.

Sobre este punto aclaro, que es simplemente un apoyo para el desarrollo del montaje, por que la obra gira en torno a la vida de Velásquez, la cual dará las pautas de verdadera importancia.
Es necesario hablar de el gran poder de España en Europa para el siglo XVI y comienzos del XVII.
En el año de 1556 el poder de España ya era bastante grande gracias a sus posesiones en América y a todas las riquezas extraídas del nuevo continente.
Iniciaré comentando la abdicación de Carlos V en 1556, este fue heredado por su hermano quién gobernaba los dominios de Habsburgo en Austria, y el resto de sus dominios pasaron a manos de su hijo Felipe II (este gobernó entre 1556 hasta 1598). España gobernaba por ese entonces gran parte de Italia y por lo tanto toda la zona occidental del Mediterráneo, También cercaba a Francia y amenazaba a Inglaterra con sus posesiones en los países Bajos.
Los españoles encabezaban las luchas marítimas de los cristianos contra los turcos: es recordada la batalla de Lepanto en 1571 donde una flota compuesta especialmente por españoles alcanzó la victoria, aunque no se pudo acabar con el poder turco en el Mediterráneo.
Después de la muerte en combate del rey de Portugal en Marruecos, en 1578, Felipe II añadió el imperio portugués al español.
Con esto además de convertir a España en una gran potencia reconocida en Oriente, el poder de Felipe II en Europa aumento de sobremanera.
El imperio de España en 1600 era mayor que cualquier otro imperio en el mundo. (En el año de 1599 Nace Velásquez).

La gran fuerza militar de España se utilizó para suprimir la revuelta de 1567 por parte de los protestantes de los Países Bajos. Sin embargo, Felipe II fue incapaz de dedicarse plenamente a la represión de esta revuelta y sus enemigos ayudaron a los rebeldes con la intención de debilitar a España.

El fracaso de la armada española en 1588 contra los ingleses fue un grave error, tantas guerras de estas dimensiones eran demasiados caras, incluso con el oro sacado de las indias, España no fue capaz de vencer a los rebeldes holandeses.

Después de estas batallas y del gran auge del imperio surgiría lo que se denominó la decadencia española.
La recuperación de Francia de las guerras de religión fue nefasta par los españoles. Las tropas españolas tuvieron mucho éxito en la primera mitad de la guerra de los treinta años, pero sus victorias se acabaron cuando Francia entro en la guerra en 1635. Al mismo tiempo Castilla ya no tenía la capacidad para llevar sola el peso del gran imperio, sobretodo a causa de la disminución de su población, agricultura e industria y debido a la recesión americana. Y los demás reinos se negaban a asumir su mayor parte de los gastos. Cataluña se rebelo en 1640, cuando Castilla intentó delegar en ella gran parte del peso, y lo mismo hizo Portugal. Cuyo imperio termino separándose del español.
España recuperó Cataluña, pero tuvo que reconocer la independencia de Holanda (1648) y de Portugal (1668). Después Portugal reconstruyó su imperio colonial alrededor de Brasil.

Aunque España se siguió debilitando, el apoyo de otros estados ahora más preocupados por resistir a Francia que a España, fue un indicio que el imperio español todavía era lo suficientemente grande para pelear por él al morir el último rey de España de la casa de los Habsburgo.

2.2

Historia de Velásquez. (personaje central) Análisis de su obra y cronología de su vida.

La trama, nos habla de la vida del pintor Diego Rodríguez de Silva y Velásquez, del entorno que lo rodeaba, de sus relaciones con la corte española de ese entonces y de los juegos jerárquicos establecidos para la época a la cual se hace referencia, de igual forma la obra fábula encasillando al pintor español en una de las sectas cristianas de la época " los alumbrados", es necesario así investigar sobre todos estos puntos y sucesos.

Hablaremos inicialmente de la vida y obra del gran pintor español "Don Diego Rodríguez de Silva y Velásquez".
Se podría decir con claridad que toda la vida y obra de Velásquez está en su pinturas; todas sus transformaciones, sus metamorfosis , sus ascensiones y descensos existenciales, sus pensamientos, sus juicios de hombre sus humores y sus predilecciones, están dichos en sus cuadros al parecer su único y verdadero lenguaje a través del cual dejo ver su grandeza; es este lenguaje a su vez biografía y testamento, con sus obras nos cuenta lo acontecido en su historia y trata de vislumbrar muchas cosas que vendrían posteriormente. Su obra como lo diría uno de sus investigadores y críticos más acérrimos (A. Palomino) es una síntesis absoluta, un distintivo de los grandes artistas de todos los tiempos, (es la pintura de Velásquez un documento revolucionario que puede ser el lenguaje artístico de las situaciones obligadas a las que nos lleva nuestro montaje) La condición de Velásquez y de su obra es desde nuestro punto de vista contemporáneo servil. De hecho Velásquez desde que se convirtió en el pintor de cámara de Felipe IV en 1623 parece haberse aislado de la vida artística del momento.
Sin embargo dentro de esta vida servil y de cortesano, se desenvuelve una gran aventura mental y expresiva que, al final, produciría una pintura

que posee una evolución técnica y estilística que no tiene parangón en su época.

Varias de las obras del gran maestro español estaban según algunos críticos influenciadas por Caravaggio, obras como **la mujer friendo huevos**, *la adoración de los magos,* **San Juan evangelista en Patmos** *y el aguador de Sevilla revelan en su interior un análisis conciente del naturalismo que imprimía en sus obras el gran maestro italiano, por su manera de pintar la realidad por medio de la luz y la sombra y por la elección de temas y sentimientos donde las razones del manierismo son repudiadas.*

Además de esto las representaciones con influencias flamencas se dejaban ver, este testimonio está dado en cuadros como "Jesús en casa de Marta" o en "la cena de Emaús", en los cuales el episodio sagrado está insertado dentro de una escena de género, con naturalezas muertas y escenas de cotidianeidad domestica.

(El análisis de estas pinturas permitió la exploración en procesos de luz y de sombra para el desarrollo del montaje)

Velásquez con menos de veinticinco años inició una transformación formal y expresiva, que reflejó un cambio en su condición de vida y cultura.

En 1623 estaba en Madrid en compañía de su suegro Francisco Pacheco, y del sirviente y Alumno Juan de Pareja. Allí no solo entró en los ambientes de la corte, sino que inició una carrera que lo llevo a obtener grandes honores , todos conseguidos con sacrificio y tesón, además de esto conoció otras pinturas, las que se conservaban en las galerías de las cortes, en primer lugar Tiziano y Tintoretto.

Los colores, las poses, y los aires de Velásquez cambiaron: fondos más claros, contornos más suaves, colores vibrantes, poses más distendidas, temas que inspiraban en motivos mitológicos.

El resultado mas claro de esta mutación son "los borrachos", elaborada en 1628, esta obra revela su visión de su personalísima bacanal, según los críticos influenciada por Tiziano, donde el mito sin embargo está insertado en un momento de la realidad cotidiana, un evento que rescata la miseria y la opacidad de la vida.

(Es aquí donde el director de teatro se fija, en esas contradicciones , esas ambigüedades, para encontrar el juego entre lo real y lo mitológico y lograr sacar provecho al máximo, observando los detalles que la pintura misma posee y puede aportar a la puesta en escena)

El viaje por Italia en 1629 le dieron un gran impulso y se podría decir que el definitivo, Venecia, Bolonia y Roma nutrieron su pintura con el color veneciano y la lógica clásica, en una síntesis que produjo obras como "la fragua de Vulcano, Jacob recibe la túnica de José" , impregnadas de clasicismo y de una alta dosis de cromatismo, lo mismo que sus dos paisajes de "la villa de Médicis", en las que su trabajo se transforma en algo absolutamente naturalista, que encontraremos solo dos siglos más tarde en las escuelas de los impresionistas.
(Para la puesta final nos apoyamos en todas las concepciones que se habla en esta parte del estudio, la lógica de unas imágenes clásicas, que nos permitieran ondular entre ellas y nuestra contemporaneidad, sin atropellar la obra del gran autor, fueron de gran importancia, se partió de esa mezcla entre elementos sacros y cotidianos que nos aportaba su obra para desembocar en nuestras propias ideas).

Al regresar a la corte de Madrid Velásquez ya estaba preparado para su oficio de pintor de un único cliente, así nacieron los retratos del rey, de la familia real y de la sorprendente serie de los enanos y los alienados que poblaban la corte.
Tanta magnificencia y tanta exhibición de poder quedaron relegadas a una sátira lograda en esta última serie.
Para Velásquez la atención pictórica y psicológica no cambio, ya se tratara de pintar la imagen de Felipe o de sus hijos, o de aquellas míseras criaturas que se llamaban Juan Calabazas, Diego de Acebo o Don Sebastián de Mora.
(Hemos tomado imágenes de esta serie que nos encaminaron a la concepción final de los personajes; en especial de Lucio, la idea de un bufón cortesano se fue transformando para dar paso a una imagen que crea un correlación entre lo propuesto por el pintor y esquemas contemporáneos).

Su pincel penetró más allá de la apariencia y nos aportó la imagen del rey con el transcurso del tiempo, desde la juvenil y sensual gallardía de 1625, hasta la magnificencia aun vigorosa del retrato en rojo y blanco de 1644, o hasta el cansancio y conciencia de la declinación de 1655, con las tonalidades fúnebres del oro y el negro.

Justamente en los retratos de Velásquez encontramos un punto de partida para la concepción de las posturas, formas externas y algunas veces internas que ayudaron a los actores a desarrollar las líneas de acción de sus personajes.

En sus retratos encontramos una visión intensa que restituye el sentido de la unidad del ser humano, su individualidad más profunda, ese penetrar en la intimidad de la persona" ... para introducirnos en aquello que es más hondo y digno".

No para darnos un juicio moral sobre la persona, sino para establecer " la salvación del individuo"

(Vale la pena nombrar una pintura en especial que se utilizó en la puesta para dar vida a una escena y para recrear el juego de estatus de los personajes "Las Meninas", cuando el autor dice textualmente en la obra; Voy a pintarlos a los dos Juntos, los actores arman una imagen que juega con la propuesta plástica de Velásquez)

Son las Meninas una enigmática obra maestra del artista en la cual convergen todas las exigencias, meditaciones y superaciones de una vida dedicada a la pintura. Es un cuadro de lectura compleja, un cuadro dentro del cuadro y una visión en el espejo, una exaltación simbólica de la familia real, pero también una explicación de la pintura como instrumento de fascinación y de reconstrucción de una realidad más veraz que la verdad.

Velásquez sigue siendo un ojo que mira y una mano que dibuja, sirviendo a una inteligencia, cuya laboriosa reserva, cuyo distanciamiento meditabundo y melancólico nos imponen el misterio.

Basándonos en variados estudios y críticas (A. Palomino, Raffaello Caussa, Rafael Alberti) a Velásquez he logrado elaborar esta especie de análisis concreto de su obra, como base para la construcción de imágenes que aporten claves a los actores en su interpretación y búsqueda para

encontrarse con los personajes, reforzando esto se realizó por parte de los actores una investigación individual que los llevó a descubrir en sus personajes acciones que provienen directamente de la obra misma del autor y que como ya se reseñó se fueron catapultando hasta nuestra contemporaneidad para así encontrarnos con el universo propio de nuestro montaje.

Para finalizar esta exposición de la vida y obra del gran maestro Velásquez he desarrollado un estudio cronológico del pintor que ayuda a identificar los sucesos o acontecimientos más importantes de su existencia:

1599 – Nace el 6 de Junio en Sevilla.
1610 – Después de un corto aprendizaje en el taller de Francisco Herrera, entra en el de Francisco Pacheco.
1617 – Es recibido por el gremio de pintores de Sevilla.
*1618 – Se casa con la hija de su maestro, Juana Pacheco. Inicia su actividad pintando escenas religiosas: **La inmaculada concepción, San Juan evangelista en Patmos, Cristo en Emaús,** así como escenas de la vida cotidiana: **Mujer friendo huevos.***
1623 – Es llamado a la corte, donde pinta los retratos de Felipe IV y del primer ministro Gaspar de Guzmán, Conde – Duque de Olivares por los que obtiene el cargo de pintor del rey.
1627 – Resulta ganador del concurso convocado por el rey entre los pintores de la corte, sobre el tema de la expulsión de los moriscos en España por Felipe III.
1628 – Realiza su primera obra de tema mitológico: El triunfo de Baco o los borrachos
1629 – Por consejo de Rubens, se dirige a Italia, Donde descubre a Tintoretto y Tiziano. Pinta los dos pequeños paisajes con el jardín de la Villa Médicis permanecerá allí hasta 1631.
*1634 – Comienza la gran composición de **la rendición de Breda,** destinada a decorar el Salón de Reinos en el palacio del Buen Retiro (la terminará en 1635)*

1639 – Cada vez más, sus modelos preferidos son los bufones y los enanos (pinta El bufón Juan Calabazas)
1650 – Segundo viaje por Italia, donde pinta la venus del espejo y los retratos de Inocencio X y de Juan de Pareja, que le granjean la admiración del público italiano.
1656 – Pinta la infanta Margarita de Austria y la obra maestra Las Meninas.
1657 – Pinta otra obra maestra: Las Hilanderas.
1658 – Es nombrado Caballero de la orden de Santiago.
1660 – Después de una corta enfermedad Muere en Madrid.

La secta de los alumbrados Existió en España en el siglo XVI, consistía en un culto que negaba el poder divino del rey y que centraba sus creencias solo en Dios. Haciendo énfasis en la lectura de la Biblia.
Según algunos especialistas el culto fue exterminado por el año de 1539 cuando la gran mayoría de sus integrantes fueron capturados y llevados a la pira y aquellos que se salvaron de la muerte fueron condenados al destierro.
Se vincula a este culto con el erasmismo y con el luteranismo por sus marcadas expresiones protestantes y rechazo de las imposiciones papales, en general es poco lo que se ha podido encontrar de ellos, de sus componentes y del por que el autor dramático los traslada a la época de Velásquez.
Al parecer se trata de una fabulación parea enriquecer el texto dramático.

2.3

Biografía del autor.
José María "Chema" Cardeña.

(1963 Valencia – España)

Dedicado a el estudio de los Clásicos y a llevar de manera fabulosa o ficticia sus vidas al escenario Cardeña es un creador de obras con formato clásico en nuestra contemporaneidad.
Finalizó sus estudios de arte dramático en la Escuela Superior de Arte Dramático de Valencia, posteriormente hizo parte del instituto Shakespeare y de su compañía Teatrejove (1988-1990).
Se vincula a el Centre Dramátic de la Generalitat Valenciana como actor. También trabajo para el teatro de la Zarzuela en Madrid.
En 1992 funda "L'Americana Teatre"con la que estrena "Aquí radio Andorra" obra de su autoría y "Anoche fue Valentino" de la que también es creador.
En 1996 crea "Arden Producciones" con la que estrena "La Estancia" Escrita por el mismo y dirigida por Michael McCallion.
En 1998 Estrena "La Puta Enamorada" dirigida por Antonio Díaz Zamora. Obra que le valió la postulación como mejor actor de la comunidad valenciana.

Teatrografía.

Como autor dramático ha estrenado las siguientes obras.

- *Aquí radio Andorra (teatro Talía Valencia 1993) Dir Ramon Moreno. Cia La americane teatro.*
- *Mentideres (teatro Talía Valencia 1994) Dir Isabel Rocatti.*

Premio de la crítica valenciana al mejor texto 1995.

2.4

Reseña sobre el teatro español contemporáneo.

El año de 1975 es en España el inicio de una progresiva etapa de transición hacia la democracia. Es una etapa significativa para los españoles y lo es también para su teatro.
El franquismo supuso el exilio para muchos profesionales del teatro español. Para todos había implicado o bien el sometimiento a la censura o bien la escritura de textos dramáticos que no serían representados o que lo serían casi en condiciones de anonimato.
El teatro oficial era la revista tapada, el juguete cómico, el melodrama moralizante o la comedia del nacional catolicismo.
Antonio Buero vallejo, tras sus años de cárcel supo abrir una brecha que le permitió estrenar casi todas sus obras en condiciones de normalidad. No sería así para el reto de la generación llamada realista, la que escribía un teatro enraizado en la realidad del pueblo llano español. A finales de los años sesenta, en los que se apreciaba una muy ligera apertura del régimen franquista, una generación joven se propuso ser una opción formal distinta a la de los realistas, un nuevo teatro de temática más universal que, para eludir la censura entre otras razones basaría su estética en el simbolismo y la metáfora. La tradición que se había truncado con la guerra civil, la reconstruían poco a poco estas generaciones que se oponían al franquismo.
¡la promesa de libertad que sugería la muerte del general Franco en 1975, sería solo una libertad condicional en una transición que todavía daba muestras del lastre en la época anterior. Pero la transición a la democracia se había iniciado. La comunicación con Europa haría posible la actuación de grupos extranjeros en España. Se crearon estructuras, centros dramáticos, se promovieron redes de teatro que permitieron llevar el teatro a toda la geografía española y se favoreció la

UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSE DE CALDAS
SISTEMA DE BIBLIOTECAS

descentralización y el desarrollo de la diferencia y la diversidad, lo que supuso un aumento en la riqueza y en la pluralidad cultural española. La tarea normalizadora era sin embargo difícil y el equilibrio inestable. Superar el pasado se convirtió en un deseo de olvido en el que se incluyo a los autores que durante el franquismo habían luchado por mantener vivo el teatro. La generación del "Nuevo teatro" que había iniciado más recientemente su camino sería la más perjudicada. Como contrapartida se estimuló a los jóvenes para desarrollar nuevos lenguajes. Autores, convertidos hoy en realidad.

Hoy en el nuevo siglo el teatro español ha alcanzado unos niveles cuantitativa y cualitativamente muy superior a los expuestos en 1975. Muy posiblemente sino se hubiesen olvidado de los autores que lucharon por mantener la tradición el teatro español sería aun mejor y tendría un poco más de reconocimiento en la actualidad.

3. EL MONTAJE.

3.1

LA PUESTA EN ESCENA:

La visón que desde la dirección se tiene del espectáculo se enmarca en lo dinámico, una puesta donde los elementos que se utilizan sean pocos, pero que tomen la suficiente vida como para convertirse en otros actores.

Una puesta donde los personajes puedan jugar a existir dentro de un universo lleno de antagonismos, de ambigüedades, de objetivos que se contradicen los unos a los otros, dándole al espectador una obra de juego, diversión y aprendizaje.

Un espectáculo donde la melancolía, el melodrama se pueda mezclar con la farsa, con la tragicomedia, en la cual los géneros ondulen alrededor del funcionamiento de la obra en sí y no al contrario.

Donde temáticas cómo la envidia, la traición, el rencor aparezcan y sean estudiados para que soporten el peso de un y transcurrir que al parecer es etéreo, pero que si se observa con la lupa de la sabiduría y la conciencia se pueda ver que se trata de algo que va muchísimo más halla de esta primera lectura.

El montaje de la obra debe estar llevado hacia cimientos fuertes que contrarrestes lo banal que pueden parecer en algunos momentos los textos o las interpretaciones mismas.

La obra es desde la propuesta del autor un remembranza de Lucio; esto hace que para el director se convierta en una puesta de contrastes donde se puede jugar con imágenes en movimiento, que se detienen en el tiempo del espectador creando convenciones que dan vida a los cuadros, que a la vez están llenos de dinámica; sin que se pierda la lógica de la obra, sin que se

estropee la estructura de la misma. Y sobre todo para que llegue la historia al espectador de forma concreta, esta debe ser contada por los interpretes claramente sin dejar vacios que conlleven a una mala interpretación, aun que la historia en si permita que cada espectador se encuentre con el universo que se propone y desarrolle sus propias opiniones y si es posible un argumento individual.

Para esta puesta se aprovechan esos nexos que existen entre los atropellos de la historia en la época citada y lo que sucede en nuestra cotidianidad, no queriendo caer en la simple denuncia, desde la dirección se ha diseñado un plan para que la obra ocurra en un momento indeterminado con un Velásquez de un tiempo no exacto, con un cómico que podría ser de cualquier lugar o de cualquier momento de la historia, con una Calderona que bien podría existir hoy en dia o en un pretérito desconocido, o por que no en un futuro sin precisar.

El universo de la obra es el siglo XVII pero surgen repentinamente palabras que se usan en el presente y la violencia de un futuro.

En esta puesta los elementos irán pintados de blanco para que se transformen con los colores y los matices que el dia o la situación les imponga, adaptándose, transformándose, y por que no mimetizándose con el transcurrir de la obra como si se tratara de camaleones adaptados al universo que esta puesta propone.

En esta puesta aparece lo Lúdico de igual manera que los conflictos que rodean a los personajes.

3.2

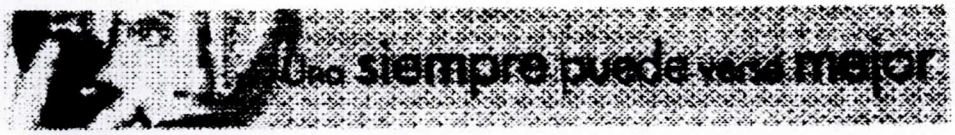
EL PROCESO DE MONTAJE.

Desde la dirección se dieron inicialmente pautas claras para que los actores que participaran en el mismo no tuvieran contratiempos y se pudiera alcanzar el objetivo inicial (montar rápido y con eficacia).
Se establecieron jornadas de trabajo por escenas, facilitando así la labor para el director y los actores, estos últimos no tendrían así la necesidad de asistir todos los días a los ensayos y días de montaje.
Fue necesario modificar el cronograma preestablecido debido a que el tiempo laboral de los actores estaba bastante saturado, así mismo se suscitaron inconvenientes de índole personal que obligaron a los actores a desvincularse por algunos días intercalados del montaje pese a esto desde la dirección se estableció una estrategia, mediante la cual se realizaban ensayos con los actores que podían hacerlo y en el tiempo que estos tuvieran libre, no importando la hora, ni el día para hacerlo; durante el último mes y medio del proceso se logro reencaminar claramente el proceso y los actores en convenio con el director acordaron trabajar diariamente en equipo, aportando el mayor numero de ideas y propuestas posibles para enriquecer la obra.
Todas las propuestas originales se mantuvieron, no modificándolas, sino enriqueciéndolas para que así se estableciera un juego claro, sin caer en el error de buscar y buscar sin hallar nada que realmente aportara.
Desde la dirección se dio el enfoque que se quería a la obra y a la interpretación no dejando así cabo suelto y logrando desarrollar este montaje que se proyecta al publico como una obra de dos horas de duración, que además de entretener enseña bastante sobre la vida de Velásquez y que

implícitamente lleva un discurso que incita a los seres humanos a respetar la dignidad del otro, a amarlo y a no tenerle miedo al que dirán.
Es un montaje donde tres actores, un director y un músico dan todo de sí para llevar al público lo que realmente se puede catalogar como un gran esfuerzo, y algo más que un simple intento.

4. ANEXOS.

- *Autorización del dramaturgo para la realización del montaje.*
- *Texto Original.*
- *Bocetos de vestuario.*
- *Bocetos de posibles escenografías creadas por el director.*
- *Cuadros de Velásquez utilizados como base para el montaje.*



Bandeja de entrada

Mostrar: (Seleccionar carpeta) << Anterior | Siguiente >>

De: Chema Cardeña <chemacardena@arden.es>
Fecha: 20-Mar-2002 07:18
Para: <teatropocal.laipe@starmedia.com>
Asunto: LA PUTA ENAMORADA

Responder | Responder a todos | Reenviar | Eliminar | Versión imprimible

Querido Amigo:

En primer lugar disculpe la tardanza en contestar sus e- mail, pero he estado en Madrid una semana y no he tenido acceso a mi correo electrónico.
Como ya le comuniqué no hay ninguna objeción por mi parte en la realización de su proyecto referente a mi obra "La puta enamorada" al contrario es un honor que gentes del teatro de su país estén interesados en llevar a cabo esta producción. Los autores en España estamos sometidos a una férrea disciplina por parte de la Sociedad General de Autores, que nos ayuda a vigilar los derechos de autoría fuera y dentro de nuestro país.
En este caso, tal y como usted me cuenta, se trata de un montaje con fines pedagógicos, por lo que creo no habrá ningún problema para exhimirle de estos derechos.
Por tanto consiento en la ejecución del espectáculo. Si necesitara una autorización más formal, hágamelo saber y gustosamente se la enviaré.
Espero que el trabajo sea de su plena satisfacción. Como autor, actor y director de escena, la labor pedagógica es una de las facetas que más me apasiona y actualmente me encuentro inmerso en un "Romeo y Julieta" para la Escuela de teatro de mi ciudad, por tanto comprendo muy bien sus necesidades.

Por otra parte le informo que "La puta Enamorada" es una trilogía que realicé acerca del teatro clásico europeo al barroco español. Las otras dos piezas son "La Estancia" sobre el teatro isabelino inglés y "El idiota en Versalles" sobre el clasicismo francés. Shakespeare, Marlowe y Molière, son los protagonistas de dichas obras.
No obstante si desea más información sobre mi obra o la compañía le remito a nuestra página webb
www.arden.es.

Sin más, reciba un fuerte abrazo.

Chema Cardeña

Responder | Responder a todos | Eliminar

Buscar mensajes | Bandeja de entrada

Mostrar: (Seleccionar carpeta) << Anterior | Siguiente >>

EXPRESATE - Chat - Eventos - Foros - Mensajes instantáneos - Paginas Personales - Postales - Recomienda un sitio - Romance
INFORMATE - Deportes - Entretenimiento - Finanzas - Hogar - Mujer - Música - Newsletter - Noticias - Salud - Tecnología - Viajes - Vida
UTILIZA - Buscador - Clasificados - Email - Horóscopo - Shopping - Software - Tiempo
DIVIERTETE - Humor - Juegos - MP3 - Multimedia - Trivia

Los nombres e iconos de Starmedia son marcas registradas de Starmedia Network, Inc.
© Copyright 2002 by Starmedia Network, Inc. Todos los derechos reservados.



La puta enamorada

de Chema Cardeña

Esta obra se estrenó el ocho de Enero de 1998 en la sala Espai Moma de Valencia, por la compañía **ARDEN** y bajo la dirección de Antonio Díaz Zamora, con el siguiente reparto.

LUCIO: Juan Carlos Garés
CALDERONA: Ester Alabor
DIEGO: Chema Cardeña.

La Puta Enamorada recibió el Premio de la Crítica de Barcelona al mejor texto de 1998.

LA ESCENA

El taller de un pintor, situado en la Calle Mayor de Madrid.

Vemos un gran telón rojo en el fondo de la escena. En el lateral derecho dos caballetes sosteniendo sendos lienzos, y otros tantos apilados de forma irregular. En el izquierdo, un caballete que sostiene un cuadro de grandes dimensiones.

Se supone un palomar sobre la escena, cuya luz viene del techo.

Una mesa de madera muy rústica y estro-

peada y un par de taburetes. Sobre la mesa pinceles, paletas, vasos de barro, jarras y tarros con pinturas, así como trapos manchados. Un pequeño arcón. Un vaso de oro. Un frutero con frutas que irán cambiando según el paso del tiempo. Junto a la mesa, un candelabro de tres brazos.

En el centro de la escena vemos una tarima de madera de pequeñas dimensiones.

A la derecha de corbata, un balcón imaginario creado por la luz.

En el hombro izquierdo se sitúa la entrada al taller desde una planta baja. En el derecho distintas estancias.

En el centro de corbata un gran espejo imaginario, creado con luz.

Todo muestra un aspecto provisional y la atmósfera es muy similar a la que Velázquez retrató en su cuadro *Las Hilanderas*.

La acción transcurre en 1629 en el Madrid de los Austrias.

* derecha o izquierda del espectador.

LOS PERSONAJES

DIEGO:

Diego Rodríguez de Silva y Velázquez. Pintor de la Corte española durante el reinado de Felipe IV. Tiene 31 años de edad.

CALDERONA:

María Calderón. Famosa actriz madrileña, amante del rey Felipe IV. Tiene 25 años de edad.

LUCIO:

Cómico, chulo y rufián madrileño. Compañero y amigo de la Calderona, y sirviente suyo. Un hombre en la treintena.

PRÓLOGO

(Oscuro. Se escucha un murmullo de gente. Sonido de fiesta. Gritos y risas que se van perdiendo poco a poco. Un haz de luz se abre sobre la corbata. Vemos los barrotes de un balcón y un hombre enmascarado. Llega hasta el balcón.)

LUCIO.– *(Tarareando una cancioncilla)*
¡Bailad, bailad!... Mañana será Cuaresma y se habrá acabado el carnaval
¡Cuarenta días de hambre! ¡Cuarenta días de mierda!...
No debería acabarse nunca el carnaval. ¡Ni la vida! *(Se quita la máscara)*. Aunque el carnaval es como la vida. Cuatro días y lo que no disfrutes entonces no lo disfrutarás jamás.
¿No queréis bailar conmigo? ¿Nadie quiere bailar conmigo?
¡A la mierda todos!... ¿Creíais que no volveríais a verme? ¡Pues joderos! *(Grita)* ¡Oye Madrid, Lucio ha vuelto! ¡El gran Lucio! ¡El gran cómico! Ya no hay cómicos en España. Sus reyes y gobernantes nos han quitado el trabajo. Son mucho mejores. En el Alcázar y los palacios se dan las buenas representaciones...
Han pasado cinco años. ¡Cinco años! Y aquí estoy de nuevo.
Aún recuerdo el último carnaval. En esta misma calle. *(Mira hacia detrás)*
En esta misma casa... donde todo ocurrió. ¿No queréis saber qué ocurrió? ¿Nadie se parará a escucharme?... ¡Y qué más da! No ibais a creerme. A veces, tampoco lo creo yo... Pero sé que estuve aquí. Estoy borracho, pero sé que estuve aquí. Recuerdo ese balcón. Recuerdo el olor a pintura, a vino... Recuerdo a una mujer...
Y la risa. ¿Por qué me reía tanto?... ¿De qué me reía tanto?
(El haz de luz se cierra)

JORNADA PRIMERA

(Luz de tarde. Últimas horas del día. Escuchamos los gritos de una mujer, interpelando a otra. Intuimos una discusión y las risas de un hombre. Entra «La Calderona» visiblemente enojada. Lleva un gran capa con capucha y una vestido con guardainfante de la época Velazqueña y un manguito de piel para calentar sus manos. Tras ella va Lucio, vestido de diferente manera y llevando un catrecillo colgado de su brazo.)

CALDERONA.– ¡Mal rayo la parta en dos, a ella y a toda su descendencia!

LUCIO.– *(Riendo)* ¡A fe que nunca me había reído tanto!

CALDERONA.– Cuando acabe contigo podrás seguir riéndote, hijo de una puta.

LUCIO.– ...Y nieto y hermano y hasta creo adivinar que llegaré a ser esposo.

(Sigue riendo)

CALDERONA.– Si vuelves a reírte una vez más, te machacaré los dientes.

LUCIO.– No puedo evitarlo... Si hubieses visto tu cara...

CALDERONA.– ¿Qué cara pondrías tú si te hubiesen arrojado una lluvia de orines encima?... ¡Así te ahogues en meadas! *(Se quita la capa y se la arroja a Lucio)* Esa marrana y tú debéis ser familia muy allegada.

LUCIO.– No te enojes tanto, ¿qué quieres que hagan con sus sobras?

(Deja con asco la capa sobre un lateral de la tarima)

CALDERONA.– Tragárselas, antes que tirarlas sobre la gente.

No se detuvo a mirar si alguien pasaba. Ni siquiera gritó ¡agua va! Cogió su palangana y allá fue. Todos los orines de su puerco marido me los tiró encima. Y aún se ha sentido ofendida porque la llamé guarra.

LUCIO.– Eso fue lo menor que la llamaste.

(Deja el catrecillo apoyado en la tarima)

CALDERONA.– ... ¡Le habría sacado los ojos!

LUCIO.– Y bien que lo habrías hecho si ese criado y yo no te agarramos de los brazos.

CALDERONA.– En Madrid ya sólo hay cerdos.

LUCIO.– Y sin embargo mucho judío.

CALDERONA.– *(Abanicándose)* ¡Maldita sea! No puedo presentarme a ese hombre apestando como una puerca.

LUCIO.– *(Fingiendo)* Apenas se nota.

CALDERONA.– No mientas, bellaco.

LUCIO.– Si no te mueves mucho y dejas de abanicarte...

Además, no es la primera vez que te ocurre. ¿No recuerdas aquella vez que una mujer desde la cazuela del teatro te lanzó las cacas de su hijo?

CALDERONA.– No, no lo recuerdo.

LUCIO.– Yo sí. Estaba contigo en el escenario. También te lanzaron, lechugas, patatas, tomates... Ese día cenamos muy bien. ¿Acaso lo has olvidado? Vamos, Calderona, déjate de remilgos conmigo.

Hemos andado mucho mundo juntos. Yo te trataré con respeto en público, pero no pretendas que haga el bufón en privado.

CALDERONA.– En público o en privado, no olvides que ahora soy tu señora. Por mí comes, duermes y vives. Si no fuese por mí, aún estarías lamiendo el suelo de los calabozos.

Recuérdalo bien si no quieres que te muela a palos.

LUCIO.– Esos tampoco los he olvidado.

CALDERONA.– ¿Y por qué tarda tanto este hombre?

LUCIO.– Es un hombre muy ocupado. El pintor de la corte.

CALDERONA.– Pues a juzgar por este cuarto, debe pintar sus cuadros en las porqueras del palacio.

LUCIO.– Los artistas no dan valor al lujo.

CALDERONA.– ¿Ah no? ¿Y entonces a qué valoran?

LUCIO.– Al arte.

CALDERONA.–. ¿Quién te ha llenado la cabeza de pájaros?

LUCIO.– Mi oficio da mucho mundo.

CALDERONA.– *(Ríe)* ¿Tu oficio? ¿Desde cuándo tienes tú oficio?

LUCIO.– Desde que vine al mundo.

CALDERONA.– ¿Dormir?, ¿comer?, ¿holgar?... Eso también saben hacerlo los perros.

LUCIO.– Tú y yo hemos compartido el mismo oficio.

CALDERONA.– Tu buena memoria te falla. Yo nunca he robado.

LUCIO.– Y yo nunca he puteado.

CALDERONA.– ¡Maldito embustero!

(Camina hacia él amenazadora. Lucio se refugia tras la mesa)

¿Tengo que repetirte que tengas cuidado con tus palabras?

LUCIO.– ¿A qué tanto ofenderse? ¿Acaso he dicho mentira?

CALDERONA.– Yo soy actriz y no puta.

LUCIO.– ¿Dónde está la diferencia?

CALDERONA.– *(Va hacia él. Lucio se escapa)* ¡Te he de matar a palos, saco de piojos!

LUCIO.– Deja de hacerte la señora. Tú eres quien eres y eso no puedes cambiarlo.

CALDERONA.– *(Persiguiéndolo por la estancia)* Ven aquí y dímelo a la cara.

LUCIO.– Todo el mundo lo dice y no te encabritas tanto.

CALDERONA.– ¿Qué es lo que dicen marrano?

LUCIO.– ¿Es que estás sorda o ciega?

¿No ves en las esquinas? ¿No oyes en los mentideros?

«Calderona, puta cómica». «Calderona, puta del rey».

CALDERONA.– *(Le lanza un vaso de oro que hay en la mesa)* Vas a tragarte esas palabras.

LUCIO.– *(Esquivándolo)* ¡Paga tu furia con ellos!

CALDERONA.– ¡No vuelvas a ponerme la lengua encima! *(Le lanza un libro)*

LUCIO.– No soy yo, bruja del demonio, es Madrid entero.

CALDERONA.– *(Le lanza un zapato)* He de dejarte tullido.

LUCIO.– Esta bien, está bien. ¡Olvídalo por tus muertos! No volveré a abrir la boca.

(Se agacha en el suelo, cubriéndose con las manos.)

CALDERONA.– *(Llega hasta él)* Atiéndeme, sucio piojoso. Yo soy una señora, ¿me oyes? Una mujer honrada que se ha ganado siempre la vida sola. Y si alguna vez me vendí, fue por seguir estando sola. He aguantado muchas injurias, burlas y golpes.

(Se agacha y le habla muy cerca de la cara)

Pero eso se acabó. Ahora soy una dama. Al infierno los hombres, los cómicos, las putas y Madrid entero si hace falta. Ahora voy en carroza y les miro y les escupo en su misma cara. Y cuando me harto de escupirles y de pasear mis galas, vuelvo a mi casa, a la mía. Mía, que bonita suena esa palabra. Eso soy, mía y de nadie. Grábate eso en tu prodigiosa memoria y no vuelvas a decir una palabra. *(Se levanta lentamente)*

Y ahora, cumple con tu deber y calza a tu señora.

(Lucio coge el zapato y se lo pone)

CALDERONA.– Así sirve un criado a su ama.

(Le alborota el cabello)

Levántate y vámonos.

LUCIO.– ¿Irnos?... ¿Pero qué pasa con el pintor?

CALDERONA.– Ya volveremos mañana.

LUCIO.– Hemos de verle hoy mismo. Así lo dispuso el rey.

CALDERONA.– Pues habrá de cambiar de idea.

LUCIO.– El rey puede disgustarse.

CALDERONA.– Más se disgustaría si oliese mi perfume.

Vamos, le diremos a ese criado que me sentí indispuesta.

LUCIO.– Está bien, como mande la señora.

(Lucio coge el vaso de oro y lo guarda entre sus ropas)

CALDERONA.– ¿Qué estás haciendo? Deja eso ahí, pedazo de asno. ¿Quieres que te empareden?

LUCIO.– No te preocupes, nadie lo echará en falta.

Esto debe valer más de seis reales.

CALDERONA.– ¿Pero es que no escarmientas? ¿Qué tienes tú en la cabeza?

¿No se te ha ocurrido pensar que pueda ser una trampa?

LUCIO.– ¿Una trampa?

CALDERONA.– Sí, alcornoque. Una treta para probarnos. Estos cortesanos son capaces de todo por pillarme en falta.

LUCIO.– Tienes una mente muy retorcida.

CALDERONA.– Y tú unos dedos muy largos. Déjalo donde estaba.

LUCIO.– Nunca he dejado pasar una oportunidad así. ¡Y que me aspen si alguna vez la hago!

CALDERONA.– *(Abalanzándose sobre él.)* He dicho que lo dejes.

LUCIO.– Hazte la ciega y deja que me lo quede.

CALDERONA.– *(Forcejeando)* Lo vas a dejar aunque tenga que arrancarte los brazos.

LUCIO.– Estás a punto de lograrlo.

CALDERONA.– Dámelo, Lucio.

LUCIO.– ¡Cómo apestas, Calderona!

CALDERONA.– ¡Ojalá te asfixiases!

LUCIO.– ¡Suéltame!

CALDERONA.– ¡No hasta que me lo entregues!

(Entra Diego por el lateral derecho. Lleva una manzana en sus manos.)

DIEGO.– Bonita estampa contemplo.

¿Acostumbráis a entrar así en casa ajena?

(La Calderona y Lucio se detienen. Ella suelta a Lucio y se compone. Lucio coge el catrecillo y se coloca en una posición muy formal, como un auténtico criado.)

CALDERONA.– *(Haciendo una pequeña reverencia)* Buenas tardes, señor.

DIEGO.– ¿Dónde está mi criado?

LUCIO.– Debe andar por ahí abajo, señor. Él nos abrió la puerta.

DIEGO.– ¡Gracián! ¡Gracián!...¡hijo de puta! Ya debe estar en la taberna.

LUCIO.– No temáis nada señor. Somos gente de bien.

DIEGO.– Permíteme que lo ponga en duda *(Le coge el vaso)*
¿Tú debes ser la «Calderona» ¿verdad?

CALDERONA.– No. Yo soy doña María Calderón, señor.

DIEGO.– Doña María. No sabía que tuvieseis nombre.

CALDERONA.– Hasta los perros lo tienen, señor.

DIEGO.– Y tú eres «el Mastín».

LUCIO.– ¿El qué... mi señor?

DIEGO.– El protector de esta dama, ¿no es así?

LUCIO.– Mi nombre es Lucio, señor, para serviros.

DIEGO.– Ya me advirtieron que siempre habría alguien con la señora. Mucho debe estimar su majestad vuestra persona, o tal vez mucho desconfíe de la mía.

CALDERONA.– Sé protegerme yo sola, señor.

DIEGO.– Así lo espero. Dudo que este barbián pueda servir de mucha protección.

CALDERONA.– Ponedlo a prueba.

DIEGO.– No será necesario. No corréis ningún peligro. Yo no suelo abalanzarme sobre las damas. Indefensas o acompañadas. En realidad no suelo abalanzarme sobre nada.

CALDERONA.– Debéis ser muy aburrido pues, señor.

DIEGO.– *(Sirviéndose un vaso de vino)* Supongo que ante vos, cualquiera debe parecerlo.

CALDERONA.– ¿Acaso me conocéis?

DIEGO.– He oído hablar de vos.

CALDERONA.– ¿Cosas buenas?

DIEGO.– Digamos que sé quien sois.

CALDERONA.– ¿Y quién soy yo, señor?

DIEGO.– La Calderona, ¿no es así como os llaman ?

CALDERONA.– Sólo aquellos a quienes se lo permito.

DIEGO.– ¿Tendré yo ese honor?

CALDERONA.– Con señora, me basta.

DIEGO.– Tomad asiento pues, señora, y hablemos.
(Se sienta sobre la mesa y cuando Calderona acude al taburete, pone un pie sobre el mismo)

CALDERONA.– *(Mirando a Diego fijamente.)* Gracias, señor. *(Indica a Lucio que abra el catrecillo y se sienta en el. Lucio permanece de pie)* Os advierto que dispongo de poco tiempo. Soy una mujer muy ocupada.

DIEGO.– Ya imagino que una mujer como vos, debe tener muchos asuntos que atender.

CALDERONA.– ¿Sabéis? Yo también había oído hablar de vos.

DIEGO.– ¿Cosas buenas?

CALDERONA.– No hay que hacer caso de las habladurías.
Casi nunca suelen ser verdad.

DIEGO.– ¿Ah no?

CALDERONA.– Me dijeron que erais un caballero y la verdad es que vuestros modales, no corresponden a tal título.

DIEGO.– ¿En qué os he ofendido?

CALDERONA.– Para empezar no estabais aquí para recibirme.

DIEGO.– Bueno, yo también soy un hombre muy ocupado.

CALDERONA.– Y descuidado. Ni siquiera os habéis disculpado.

DIEGO.– ¡Ah es eso! *(En tono de burla)*
Os presento mis disculpas, señora.

CALDERONA.– Tarde. Llegan tarde.
Pero espero que de ahora en adelante seáis más cuidadoso, y no olvidéis vuestros deberes hacia una dama.

DIEGO.– Procuraré no olvidarlo.*(Deja la copa sobre la mesa.)* Y ahora si no os importa, vayamos al asunto que nos atañe.
(Lucio se rasca la cabeza)
Decidle a vuestro criado que se siente.
Me pone nervioso verle ahí de pie, rascándose como un perro.
(Lucio va a sentarse)

CALDERONA.– Está muy bien como está.
(Lucio se detiene)
No necesita sentarse.

DIEGO.– Como queráis, al fin y al cabo es vuestro criado. Bien señora, como ya sabréis...
(Se detiene y comienza a olisquear)
¡Qué olor tan fuerte!... ¿No lo notáis?

LUCIO.– ¿Olor, decís señor?... ¿A qué?

DIEGO.– No sé... Es... es como si oliese a orines.

LUCIO.– Sí, ahora comienzo a notarlo.

(La Calderona mira severa a Lucio)

DIEGO.– Ese malnacido de Gracián... Seguro que ha vuelto a dejarse la puerta abierta y algún perro hizo de las suyas en la estancia.

LUCIO.– O una perra, señor.

DIEGO.– ¿Una perra?

LUCIO.– Sí, dicen que el olor de su orín es más fuerte, sobre todo si se haya en celo.

DIEGO.– Perro o perra ya me encargaré de ese bribón. Bien, mi señora ¿cuándo podemos empezar?

CALDERONA.– ¿No os lo comunicaron?

DIEGO.– No. Lo único que me dijeron es que había de pintar un cuadro. Un retrato, el vuestro. Que debía ser pronto y fuera de mi taller en palacio.

CALDERONA.– ¿Ah sí?

DIEGO.– Que me esmerara en el trabajo y que nunca estuviese a solas con vos.

CALDERONA.– ¿Y por qué fuera de vuestro taller en palacio?

DIEGO.– Eso deberíais saberlo, señora.

CALDERONA.– Quiero que me lo digáis vos, señor.

DIEGO.– Lo ignoro.

CALDERONA.– Embustero.

LUCIO.– *(Entre dientes)* Esa lengua, Calderona.

DIEGO.– Señora, yo desconozco muchas cosas de palacio. Soy pintor, no cortesano. Mi mano está al servicio de quien paga y no pregunta jamás.

CALDERONA.– Luego os vendéis igual que una ramera.

DIEGO.– *(Ríe)* Me advirtieron que erais deslenguada, pero no esperaba que lo fueseis tanto. «Señora». No es justo que habléis vos de rameras. Todos sabemos que en eso, nos lleváis ventaja. **CALDERONA**.– ¡Por fin cantó el gallo! Os ha costado, pero lo habéis hecho. Ahora podemos hablar de igual a igual. Sé que no queréis pintar este cuadro, Maese Diego. Sé que me despreciáis igual que todos. Que pensáis que soy una cualquiera, la ramera del rey, así me llaman. Jamás elegiríais a una mujer como yo para manchar vuestros lienzos, pero el rey os lo manda y vos obedecéis. Sabéis que jamás pondré los pies en el Alcázar. Que habréis de pintarme aquí, a escondidas, sin que nadie lo sepa. Puedo ver en vuestros ojos todo el desprecio que sentís, pero aún así, lo haréis. Vos, el pintor de la corte, del mismo rey, retratando a su barragana, a su «querindonga»...

¡Cuánta humillación para un artista de vuestra talla!.... Jodeos, Maese Diego, jodeos. Lo que muchas damas sueñan tener, esta pobre cómica disfrutará, y sin tener que pagar por ello ni un solo real.

DIEGO.– Hablando de igual a igual, señora.

Jamás pintaría un cuadro vuestro. Jamás os dirigiría siquiera una sola palabra. Jamás comería en una mesa en la que vos fueseis invitada. Pero el rey me ordena hacer vuestro retrato y yo acato su voluntad. Aprecio a la reina, la respeto y sé que vos sois un grano en su culo. Pero pese a todo, pintaré ese retrato.

Tal vez os parezca humillante, pero yo sólo lo encuentro «incómodo». Por lo demás, siento ser tan sincero, pero si os han molestado mis palabras, jodeos, señora, jodeos.

CALDERONA.– Ahora podemos hablar de trabajo.

¿Cuándo empezaremos?

DIEGO.– Cuanto antes mejor.

CALDERONA.– ¿Mañana?

DIEGO.– Por mi no hay inconv

CALDERONA.– Cuanto ante mos, antes acabaremos.

DIEGO.– Por fin estamos de en algo.

Estoy pintando un retra a reina y no quisiera que el vuestro me robara más tiempo del necesario....Si que es fuerte este olor.

Es más difícil encontrar un buen criado que una joven aún doncella en la Corte.

LUCIO.– ¡Y en España entera, señor!

DIEGO.– ¡Pero qué se puede esperar de un criado portugués!

LUCIO.– ¿Portugués señor?... Un marrano.

DIEGO.– De eso hay mucho en España.

Bien, y ahora quisiera observaros

(Se acerca a la Calderona. Ella se aparta)

No tengáis miedo, mujer. Sólo quiero veros de cerca.

CALDERONA.– Tengo un catarro terrible y no quisiera contagiaros.

DIEGO.– No os preocupéis, soy fuerte.

CALDERONA.– El médico dijo que es muy contagioso.

DIEGO.– Debéis curároslo.

CALDERONA.– Mañana estaré mejor. Podréis observarme mañana.

DIEGO.– Como gustéis.

(Se acerca a Lucio)

Déjame verte.

LUCIO.– ¿A mí, señor?

DIEGO.– Sí. Necesito ver tu rostro.

LUCIO.– ¿Para qué?

DIEGO.– Para el cuadro.

LUCIO.– ¿El cuadro?... ¿Vais a pintarme a mi?

DIEGO.– Sí.

LUCIO.– Pero es a la señora a quién debéis pintar.

DIEGO.– Voy a pintaros a los dos. Juntos.

CALDERONA.– ¿Qué decís? ¿Lucio en mi cuadro?

DIEGO.– Una señora que se precie, debe tener un criado, ¿no es así?

CALDERONA.– Se os ordenó pintar mi retrato.

DIEGO.– Y eso haré. Pero del modo nadie me dijo nada. Tengo libertad. El rey siempre me ha respetado.

LUCIO.– ¡Yo... en un cuadro!

¡Un cuadro!... ¿Has oído... Habéis oído, señora? Van a pintarme.

CALDERONA.– Lo he oído, bergante y es la cosa más absurda que estas orejas han escuchado. Sois mucho más hábil de lo que pensaba, pero no olvidéis que yo tengo la última palabra.

DIEGO.– ¿Vos? *(Ríe)* Ocupáis de vez en cuando la cama del rey y creéis que eso os da derecho a todo. No, séñora.

Reyes o criados, se ponen a mi servicio cuando yo les retrato. Y vos, no seréis menos. Yo pinto. Vos posáis. El rey paga, y todos contentos.

CALDERONA.– ¿Eso creéis? Escuchadme, señor. Pintaréis mi retrato. A mí, sola. Así lo dispuso el rey y así lo haréis. ¿Tendré que recordaros quién paga?

DIEGO.– Si queréis retrato, habrá de ser con criado.

CALDERONA.– ¿Pensáis que me doblegaré por un cuadro? Hay cosas más importantes para mi. Mi orgullo, por ejemplo. ¿De qué puede servirme un retrato?

DIEGO.– De mucho más de lo que vuestra mente pueda imaginar. Cuando seáis una vieja decrépita, agotada por lo excesos y los vicios de juventud, él estará ahí, atestiguando que un día fuisteis bella. Para una mujer como vos, que tan buen uso hace de su belleza, es casi necesario un retrato. No os quedará nada más.

CALDERONA.– ¿Y qué quedará de vos, Maese Diego?

DIEGO.– Mi obra.

CALDERONA.– ¿Sólo eso? Pues yo no estaré en ella. No me perdonaría jamás formar parte de algo vuestro. Vámonos Lucio.

LUCIO.– *(A ella)* No te precipites. Piensa en el rey.

CALDERONA.– He dicho que nos vamos.

DIEGO.– Haced lo que queráis. Pero decid a su majestad que yo al menos, lo he intentado.

CALDERONA.– No descuidéis. Su majestad, será informado.

LUCIO.–*(A ella)* Calderona, no seas bruta. Mira que el rey le tiene estima. No pongas tu posición en juego.

(A él) Esperad señor, debemos considerar el asunto con más detenimiento.

CALDERONA.– ¿Desde cuando tú hablas por mi?

DIEGO.– No te esfuerces, es testaruda como ella sola.

LUCIO.–*(A ella)* He de hablar contigo.

CALDERONA.– ¿Qué locura te ha entrado?

LUCIO.– *(Acercándose a Diego)* Dadlo por hecho, señor.

Dejadme a solas con ella y yo os prometo que la loba pronto será cordera.

CALDERONA.– ¿Qué hablas rufián?

DIEGO.– A fe que nunca vi señora ni criado tan extraños. Esta bien, en tus manos lo dejo. Avísame, ya he perdido demasiado tiempo.

LUCIO.– No os preocupéis, mi señor.

(Diego sale)

CALDERONA.– ¿Qué es lo que te propones, bastardo?

LUCIO.– ¿Y qué tienes tú en la cabeza?

El rey quiere un retrato tuyo. Lo encarga a su propio pintor y tú te permites tratarle como a un mendigo.

CALDERONA.– Yo tengo orgullo y no pienso soportar sus desprecios. ¡Nos ha jodido el sevillano!

«¡Una vieja decrépita!» Eso debe ser su madre.

LUCIO.– Tú le has obligado.

CALDERONA.– ¿Qué interés tienes tú en este trato?

LUCIO.– Óyeme, mujer. Ese hombre vive en la Corte y la Corte está llena de intrigas que tú desconoces. Si ahora cuentas con el favor del rey, mañana puede ser que no lo tengas. Hay muchas esperando tu puesto.

No tenses la cuerda.

CALDERONA.– ¿Tanto te fascina salir en ese cuadro? No me convencerás y no sé por qué sigo escuchándote.

LUCIO.– Porque en el fondo sabes que tengo razón. Si me mirases con otros ojos te darías cuenta de que siempre he estado a tu lado. ¿Es que ya lo has olvidado?

Cuando tus actuaciones no eran muy acertadas y te corrían por la calles, ¿quién te protegía? Cuando algún borracho acechaba tu casa, ¿quién lo espantaba? En las noches de invierno, cuando tu cama estaba vacía, ¿quién te daba calor?...Y cuando todo parecía perdido, ¿en qué hombro ibas a llorar? Y sin embargo nunca he recibido de tí ni un gesto amable.

CALDERONA.– ¿Hasta dónde llega tu desvergüenza? ¿Cuándo has hecho tú algo de eso por mi? Si me tiraban piedras por las calles, tú corrías delante de mi. Si algún malnacido acechaba mi casa, yo lo espantaba y tú gritabas oculto desde el balcón. Cada vez que has ocupado mi cama, ha sido por no tener mejor lugar donde dejar tus huesos y para lo único que me ha servido tu hombro, ha sido para agarrarlo y echarte de mi casa cuando estabas más borracho que una cuba.

LUCIO.– Bueno, puede que fuese así, pero siempre he estado contigo y siempre lo estaré.

CALDERONA.– Para amargarme la vida.

No trates de liarme más, Lucio.

LUCIO.– Está bien, no insistiré más. Al fin y al cabo ¿qué es un cuadro? Un cuadro pintado por Maese Velázquez. Un lienzo, nada más. ¡Qué más da que el rey tenga un capricho! tu rostro o el de otra. ¡Tiene tantas mujeres a su alcance!

CALDERONA.– Cierra la boca, bellaco.

LUCIO.– Ayer saludé a La Murciana. Dice que el rey fue a verla al teatro y que le dispensó una nota muy amable. Cree que la próxima semana volverá a la corrala. Está haciendo una excelente comedia.

CALDERONA.– Así se quede muda.

LUCIO.– Le encanta pavonearse luciendo sus galas por el Prado y la plaza Mayor. ¡Y qué joyas!...¿Tanto ganáis ahora las cómicas?... ¿O hay alguien que se las regala?

CALDERONA– Esa sólo pasea por la orilla del Manzanares.

LUCIO.– Cualquier lugar es bueno para pregonar a voz en grito, que el rey en persona acude a sus representaciones.

CALDERONA.– Un día se tragará la lengua.

LUCIO.– Tendrá oro para pagarse un buen cirujano que se la componga.

CALDERONA.– ¡Así se le convierta en piedras!

LUCIO.– Ya la conoces, es muy complaciente y el rey, adora las complacencias, el teatro y las cómicas. Y de eso en Madrid sólo hay algo más que sobre. ¡Ratas! En fin, pero mi señora tiene mucho orgullo y poco aprecio a las cosas mundanas. Voy a avisar a Maese Diego, y luego, nos marcharemos con la cabeza muy alta.*(Lucio camina despacio, mirando de reojo a la Calderona. Esta piensa)*

CALDERONA.– Espera..

(Lucio se detiene)

Ven aquí, tunante.

LUCIO.– Sí, mi dueña.

CALDERONA.– Está bien. Lo haré. Cederé ante ese gato relamido, pero con una condición.

LUCIO – Pide por esa boca, rosa de Alejandría.

CALDERONA.– No pienso cruzar una palabra con él.

LUCIO.– No será necesario.

CALDERONA.– Ni él la cruzará conmigo.

LUCIO.– Yo hablaré por ti y por él, si tú lo deseas.

CALDERONA– Y no quiero volver a oír hablar de él, nunca más

LUCIO.– Como si hubiera muerto.

CALDERONA.– ¿Me has entendido? Ni una pa-

LUCIO.– Como tú quieras, perla de Antioquía.

CALDERONA.– No digas más majaderías y llama al pintor.

(Entra Diego. Observa a los dos)

LUCIO.– Como tú ordenes, princesa

DIEGO.– ¿Terminó ya la conferencia?

LUCIO.– Maese Diego, precisamente me disponía a llamaros.

DIEGO.– ¿Qué dice la señora?

LUCIO.– La señora dice que sí, que posará para el cuadro.

DIEGO.– ¿Es cierto eso, señora?

LUCIO.– Dice Maese Diego que si es cierto lo que he dicho.

CALDERONA.– Dile a Maese Diego que cierto es.

LUCIO.– Dice la señora que así es, señor.

DIEGO.– No estoy sordo, todavía.

CALDERONA.– Dile a Maese Diego que acepto pero bajo condiciones.

LUCIO.– Dice la señora que acepta el trato, aunque con algunas condiciones.

DIEGO.– ¿Pero qué juego es este?

CALDERONA.– Dile cuales son mis condiciones.

LUCIO.– La señora dice...

DIEGO.– ¡Por los clavos de Cristo!...¡Basta ya! ¿Queréis burlaros de mi?

LUCIO.– ¡Oh no, mi señor!

La señora, como ya os dije, estará a vuestra disposición, pero con una pequeña condición.

DIEGO.– Eso ya lo he oído. ¿De qué se trata?

LUCIO.– Pues veréis, señor. Sin ánimo de ofenderos y a fin de evitar nuevos malentendidos y discusiones, sería conveniente que no os dirigierais la palabra y en caso de ser estrictamente necesario, que lo hicieseis por medio de este humilde servidor.

DIEGO.– ¿Quieres decir, que no piensa hablarme?

LUCIO.– Bueno, en esencia es... más o menos así.

DIEGO.– ¿Y tampoco quiere que yo le hable?

LUCIO.– Algo así.

DIEGO.– *(Ríe)* ¡Esta mujer es el mismo diablo!

CALDERONA.– Dile a Maese Diego que no quiero que se refiera a mi si no es por cuestión de trabajo.

LUCIO.– Dice la señora...

DIEGO.– Sí, si, sí.. La he oído. ¡Y que el diablo se la lleve!

De acuerdo. Dile a la señora que no sufra. Que no oirá de mi boca una palabra, pero que espero que también acepte mis condiciones. Seriedad, puntualidad y obediencia. Por lo demás como si quiere cortarse la lengua.

LUCIO.– Si, mi señor. Dice Don Diego que..

CALDERONA.– Dile a Don Diego que sé muy bien lo que he de hacer y que soy una mujer de palabra. Respecto a lo de la obediencia, dile que no iré más allá de donde mi conciencia me dicte.

LUCIO.– Dice que está de acuerdo.

(Ella le da un golpe a Lucio)

Bueno y que respecto a la obediencia, se reserva, por si acaso.

DIEGO.– Hay mulas menos tozudas que ella.

CALDERONA.– Y puercos más agradables.

LUCIO.– ¿Estamos todos de acuerdo, señores?

DIEGO.– Por mí, no ha de quedar.

LUCIO.– ¿Señora?

CALDERONA.– Lo intentaré.

LUCIO.– ¿Cuándo empezamos, señor?

DIEGO.– Mañana, a primera hora.

LUCIO.– Aquí estaremos.

DIEGO.– Y sed puntuales.

LUCIO.– Descuidad señor.

¿Nos vamos señora?

CALDERONA.– Sí, ya hemos perdido demasiado tiempo.

(Se dirige a la puerta)

LUCIO.– Con Dios quedad, mi señor.

DIEGO.– Id con él.

(La Calderona y Lucio caminan)

¡Lucio!

LUCIO.– ¿Sí, mi señor?

DIEGO.– Dile , hasta mañana a tu señora.

LUCIO.– Señora, dice Maese Diego que hasta mañana.

CALDERONA.– Dile al señor adiós.

LUCIO.– Dice adiós, señor.

(Recoge la capa de Calderona y el catrecillo)

DIEGO.– Y dile que tenga cuidado con las ventanas.

Nunca se sabe qué puede caer de ellas.

LUCIO.– Dice el señor...

CALDERONA.– *(Agarrándole del jubón)*

Vámonos, pollino.

(Lucio y la Calderona salen. Diego sonríe. Se acerca a la mesa y se sirve vino. Oímos unos gritos afuera.)

LUCIO.– *(Fuera)* ¡Maldito cabrón! ¿Por qué no miras donde arrojas tus meadas? Como suba te las vas a tragar, hijo de una puerca. *(Diego acude al balcón)*

DIEGO.– ¡Ahora vais los dos perfumados! *(Ríe. Sube a la tarima y mira al palomar)* ¡Gracián! ¡Gracián! Corre al Alcázar y asegúrate de que este mensaje llegue a la reina : "La paloma entró en la jaula. Ahora sólo es cuestión de apretarla" ¿Has entendido? ¡Vamos! ¡Corre! (*Vuelve al balcón*) Será una divertida caza. *(Oscuro)*

JORNADA SEGUNDA

(Luz de día. Primeras horas de la mañana. Taller de Velázquez. La Calderona sentada en un sillón sobre la tarima. A sus pies, sentado en el suelo, Lucio. Delante del caballete pintándolos, Diego. Lucio comienza a rascarse la cabeza.)

DIEGO.– ¡Por los clavos de Cristo! Deja de rascarte de una vez, Lucio.

LUCIO.– Lo lamento, señor, pero es que no puedo evitarlo. Me pica mucho.

DIEGO.– ¿No te has lavado hoy? *(La Calderona lanza una pequeña risita)*

LUCIO.– Por supuesto, señor. Pero es que estos malditos son inmortales. Ni el agua, ni el vinagre, ni todas las ponzoñas de Oriente pueden acabar con ellos.

DIEGO.– Pues tendrás que aguantarte. No has dejado de moverte.

LUCIO.– Lo intentaré, señor.

(Lucio se queda inmóvil. Diego sigue pintando. De pronto Lucio comienza a mover su pierna.)

DIEGO.– ¿Y ahora qué demonios ocurre?

LUCIO.– ¡Ay señor!...Lo lamento de nuevo, pero es que me están dando punzadas.

DIEGO.– ¡Por Dios bendito! Sería más fácil con un endemoniado.

LUCIO.– Un poco de paciencia, señor. En seguida pasará.

DIEGO.– ¿Paciencia?...Yo tengo mucha paciencia. Ni el mismo Job tuvo tanta paciencia como yo. Cuando no son lo piojos, son las punzadas y cuando no una mosca que pasa...¡Paciencia! Pídeme cualquier cosa, menos paciencia.

CALDERONA.– *(Inmóvil y muy serena)* Dile a Maese Diego que si nos dejara descansar un poco, no tendría que hacer uso de su generosa paciencia.

LUCIO.– Dice la señora que deberíamos descansar.

DIEGO.– Dile a la señora que no veo motivo para descansar ahora.

LUCIO.– Dice el señor que no podemos.

CALDERONA.– Recuérdale al señor que no descansamos desde hace más de una hora.

LUCIO.– Dice la señora que ha más de una hora que no descansamos.

DIEGO.– Yo quisiera recordarle a la señora, que no creo que sea tan grande el esfuerzo como para descansar cada vez que a ella se le antoje. *(Lucio va a hablar, pero ella se adelanta.)*

CALDERONA.– Dile que no somos como sus cuadros. Nosotros estamos vivos [illegible] tamos movernos. Tal vez lo haya

DIEGO.– Dile a la señora que eso es [illegible] Bien os habéis encargado de recordárnoslo a cada instante.

LUCIO.– Señor, no quisiera que os [illegible]ojaseis conmigo, pero tengo una necesidad imperiosa.

DIEGO.– ¿Una necesidad?

LUCIO.– Sí, como bien dice la señora, somos humanos y por tanto tenemos que atender a nuestras necesidades... corporales... necesito aliviarme.

DIEGO.– ¡Mierda! ¡Lo que faltaba! Así no hay manera de trabajar.

CALDERONA.– Tal vez el señor prefiera que te alivies aquí mismo. Quizá eso le inspire para concluir su pintura.

DIEGO.– La señora se ha levantado de muy buen humor esta mañana. Ve y haz lo que tengas que hacer, pero no tardes.

LUCIO.– Voy y vuelvo como el rayo, señor. Muchas gracias, ya sabéis que estas cosas..

DIEGO.– ¡Ve de una vez!

LUCIO.– Sí, mi señor.

(Lucio sale por el hombro izquierdo. Diego se acerca a la mesa y limpia sus pinceles. Ella se estira y comienza a cantar.)

CALDERONA.– «Desde el sol a la luna no dejaré de amarte
En la vida o la muerte no dejaré de tenerte.
En el sueño o vigilia no dejaré de mirarte...»

DIEGO.– ¿Es necesario que cantéis ahora?

CALDERONA.– *(Ignorándole)*
«Con mis brazos haré tu alcoba
Con mis labios haré tu traje
Con mi cuerpo haré tu lecho...»

DIEGO.– ¡Lucio dile a la señora que preferiría que no cantase!
El graznido de un cuervo es más agradable.

LUCIO.– *(Dentro, con voz congestionada)* ¡Señora, dejad de cantar!

CALDERONA.– ¡Dile al señor que en mi tiempo libre puedo hacer cuanto me plazca!

LUCIO.– *(Dentro)* ¡Dice que no quiere, señor!

DIEGO.– ¡Dile que está en mi taller y que hará lo que yo le ordene!

LUCIO.– ¡Dice Maese Diego, que le obedezcáis!

CALDERONA.– ¡Dile a Maese Diego que yo no acepto órdenes de él!

LUCIO.– ¡Dice que no, señor!

DIEGO.– ¡Dile que es la mujer más descarada y orgullosa que he conocido!

LUCIO.– ¡Dice que...!

CALDERONA.– ¡Dile que no vuela a insultarme!

DIEGO.– ¡Dile que su manera de actuar es todo un insulto!

CALDERONA.– ¡Dile que si me apetece cantar, cantaré.
¡Si quiero bailar, bailaré y si me pica el cuerpo me rascaré!
(Entra Lucio, desconsolado y les observa. Están frente a frente hablándose a gritos.)

DIEGO.– Dile que me pone enfermo oír su voz y que de su enorme boca solo salen, sapos y culebras.

CALDERONA.– Dile que he conocido porqueros más caballeros que él.

DIEGO.– Dile que siendo lo que, es dudo mucho que haya conocido nunca a un caballero.

LUCIO.– ¡Basta!...¡Por el amor de Dios, basta!
Esto no hay cristiano que lo resista. Avénganse vuestras mercedes a razón, porque yo no puedo seguir con este juego. Ni aliviarme me dejan en paz. Es para volverse loco. Si esto ha de continuar, yo claudico. Es superior a mis fuerzas.

DIEGO.– ¡Y a las mías! Acabaremos todos locos.

LUCIO.– Calderona...quiero decir, señora, deponed ya esa actitud. ¿No veis que no tiene sentido?

CALDERONA.– ¡Es que me saca de quicio!

LUCIO.– Yo ya no puedo más.

CALDERONA.– Me lo prometiste.

LUCIO.– Pues arda yo en el infierno por toda la eternidad. No puedo seguir. Tratad de comprender, esto es inhumano.

DIEGO.– Si hemos de seguir así, yo también me rindo. Esto es lo más absurdo que he visto en mi vida.

CALDERONA.– ¡Qué poco aguante tenéis los hombres!

LUCIO.– Ya sabemos que en cuestiones de lengua, nadie puede combatir con las mujeres, pero recapacitad. Una cosa es no hablarse con alguien y otra muy distinta, esta locura.

DIEGO.– Yo por mi parte estoy dispuesto. Sólo me dirigiré a vos para daros indicaciones.

CALDERONA.– Queréis decir órdenes.

DIEGO.– No, lo juro por mi vida. Si hemos de acabar este cuadro, hagámoslo y no perdamos la salud en él.

LUCIO.– Pensadlo. Basta con un sí o un no. No tenéis por qué hablar de otra cosa.

CALDERONA.– Está bien. Pero espero que este caballero me trate con el respeto que merezco y no vuelva a insultarme.

DIEGO.– Lo intentaré.

CALDERONA.– Eso no es una respuesta.

DIEGO.– También depende de vos.

CALDERONA.– Yo también lo intentaré.

DIEGO.– Estamos en las mismas.

CALDERONA.– ¿Se os ocurre otra solución?

DIEGO.– Me temo que no.

CALDERONA.– Pues entonces queda dicho. Cuidad mucho vuestras palabras que yo cuidare las mías.

LUCIO.– ¡Alabado sea Dios y toda su corte celestial!

DIEGO.– Nunca he conocido a una mujer como vos.
Seríais capaz de acabar con todo el ejército de Flandes.

CALDERONA.– Esa apreciación no tiene nada que ver con el trabajo.

DIEGO.– Pues volvamos al trabajo y dejemos las apreciaciones.

CALDERONA.– Será lo mejor.

(Calderona y Lucio vuelven a su lugar. Diego se dirige a la mesa.)

LUCIO.– ¿Ven vuestras mercedes qué poco cuesta entenderse? Es sólo cuestión de buena voluntad y de...

CALDERONA.– Cierra la boca Lucio.

(Se escuchan unos gritos de mujeres en el exterior.)

LUCIO.– Sí, mi señora.

DIEGO.– ¿Qué demonios es eso?

(Acercándose al balcón)

VOCES.– «¡Sal Calderona que te queremos ver! ¡Sal ramera! ¿Es aquí dónde te esconde el rey?»

DIEGO.– Creo que preguntan por vos, señora.

CALDERONA.– *(Dirigiéndose al balcón)* ¡Van a comerse sus palabras!

DIEGO.– *(Cogiéndola del brazo)* ¿Pero qué hacéis? ¿Estáis loca?

CALDERONA.– No voy a consentir que me insulten. *(Se deshace de él e intenta ir hacia el balcón)* Aquí estoy. ¡¡Yo no me escondo de la gentuza!!

DIEGO.– *(Agarrándola de la cintura)* Estaós quieta. Así sólo conseguiréis empeorar las cosas.

CALDERONA.– ¡Dejadme! ¡Yo sé muy bien lo que debo hacer!

VOCES.– «¡Sal Calderona! ¡Queremos hacerte una reverencia! ¡Vamos, Calderona, enséñanos tu corona!»

CALDERONA.– ¡Comadrejas! ¡Id a vigilar a vuestros maridos! ¡Deben estar retozando con las cabras! ¡Seguro que gozan más que con vosotras!

DIEGO.– *(Intentando contenerla)* ¡Callad! ¡No las provoquéis más!

CALDERONA.– No os metáis en esto. Soltádme de una vez.

DIEGO.– No. Si vos no tenéis juicio, yo lo tendré por vos. Lucio, baja a por Gracián y despejad la puerta.

LUCIO.– ¿Yo señor?

DIEGO.– Sí, tú. ¿No querrás que baje yo?

CALDERONA.– Yo no necesito ayuda.

LUCIO.– Pero señor, no hay nada peor que un grupo de mujeres en pie de guerra y más en carnaval.

DIEGO.– No digas tonterías. Apenas son media docena. Baja de una vez. Diles que si no se marchan, llamaré a la guardia. ¡Vamos!

LUCIO.– Pero es que, no debo dejaros a solas con la señora, ya sabéis que...

DIEGO.– ¡Vamos!

LUCIO.– Está bien.

(Santiguándose)

¡Que Dios me ampare!

(Lucio sale. Diego suelta a La Calderona. Esta corre al balcón.)

CALDERONA.– ¡Vosotras sois las putas!

¡Subid de una en una y veremos como acaba la fiesta!

DIEGO.– *(Volviéndola a coger)*

¡He dicho que os estéis quieta!

(Llevándola al fondo de la escena)

CALDERONA.– ¡Vos no mandáis sobre mi persona!

DIEGO.– *(Dejándola sobre una silla)* ¡Sentáos aquí y estáos quieta y callada!

CALDERONA.– Sois el hombre más prepotente y engreído que he conocido en mi vida.

DIEGO.– Sí, señora. Y un estúpido, por meterme donde nadie me llama.

CALDERONA.– Lo único que os preocupa es el escándalo a la puerta de vuestra casa.

DIEGO.– Por supuesto. No es agradable tener ese coro de arcángeles entonando sus letrillas bajo mi balcón. *(Se dirige a la mesa y ordena sus papeles)*

(Ella esconde su cabeza entre las rodillas. El murmullo ha ido cediendo.)

Bueno, ya no es un secreto. Si esas brujas saben que estáis aquí, pronto lo sabrá todo Madrid.

CALDERONA.– ¿Por qué no me dejan en paz de una vez?

¿No hay nadie más en España a quien hacer la vida imposible?

DIEGO.– No seáis presuntuosa, señora. Todos tenemos enemigos.

CALDERONA.– ¿A vos también os insultan?

Creí que a un hombre como vos todos le respetaban.

DIEGO.– No. A un hombre como yo, nadie le respeta. Me han llamado, cabrón, hijo de puta, embaucador, farsante y hasta judío.

CALDERONA.– ¿Quiénes?

DIEGO.– Probablemente los mismos que os insultan a vos.

CALDERONA.– Decidme, ¿Qué pensáis vos de mí...?

DIEGO.– ¿De vos?... Pues que sois una arribista sin escrúpulos, una farsante y puede que también incluso judía. Una desvergonzada, una «calienta camas», una mujer frívola, casquivana, orgullosa, engreída...

CALDERONA.– Es suficiente, señor. No os he pedido tantos detalles. Ya veo que no os cuesta nada ser sincero.

DIEGO.– Lo mío no son las palabras, señora. Además, nunca pidáis opinión sobre vos. En este país nuestro, sólo hay dos opiniones:
Si fracasas, todos se alegran. Ya están tranquilos, porque no molestas.
Si triunfas, todos te odian y buscan justificar tu éxito con algún asunto turbio:
«Es el recomendado del Conde-duque».
«No. Él no pinta sus obras. Otro lo hace, y él le paga.»
«Nada de eso. Es el amante de la reina»...
Siempre habrá una razón.
Porque lo de conseguir las cosas trabajando, no entra en sus cabezas.

CALDERONA.– ¿Es cierto? ¿Sois el amante de la reina?

DIEGO.– ¿Y si así fuese?

CALDERONA.– Podríamos intercambiar chismes de alcoba.

DIEGO.–. Sí. Yo os diría de qué lado duerme la reina y vos cómo ronca el rey.

CALDERONA.– *(Sonriendo)* Mucho y muy fuerte. Como todos los hombres.

DIEGO.– Bueno al fin y al cabo todos somos iguales, ¿no es así?

CALDERONA.– No del todo.

DIEGO.– ¿En qué nos diferenciamos?

CALDERONA.– En pequeños detalles.

DIEGO.– ¿Cuáles?

CALDERONA.– Sois muy curioso Maese Diego, pero tal vez os convenga saberlo. Dicen que vos sois capaz de plasmar el alma de un hombre en un lienzo. Yo también. En los de mis sábanas. Veréis. Todo tiene lugar en el lecho. En el justo instante del arrebato final. Es entonces cuando se conoce de que árbol es la madera. Si uno exclama extasiado «Dios, Dios, Dios». No hay duda, o es clérigo o cristiano viejo. Si por el contrario sólo gime «Ya, ya, ya». Es judío o usurero, que no quiere perder más tiempo para ganar oro. Si grita «Me voy, me voy». Es casado y tiene prisa por volver a casa. Si susurra «Sí, sí.» Es primerizo, reconoce el acto. Si masculla entre dientes «Ahora, ahora» Es un hombre de ciencia. Muy exacto. Y si exclama eufórico «¡Aleluya!»... Es que sólo fornica de año en año.

DIEGO.– ¿Y si no dice nada?

CALDERONA.– Es que no ha sido capaz de armarse.

DIEGO.– ¿Y qué es lo que exclama el rey? ¿Dios guarde a mí mismo?

CALDERONA.– *(Ríe)* No sé si debería contestar a esa pregunta. *(Mira a su alrededor)* No exclama nada. Deja salir el aire por sus labios y suena un pitidito muy ridículo. Así. *(Deja escapar un silbidito)*

DIEGO.– ¿Solo eso? Deberían doblar todas las campanas de Madrid. Su rey ha llegado al éxtasis. Y el rey seguiría silbando bajito mientras sus súbditos agitan los sombreros y gritan por las calles ¡El rey se ha corrido!... ¡El rey se ha corrido! *(Ríe)*

CALDERONA.– ¿Y la reina?

DIEGO.–. ¿Qué queréis decir?

CALDERONA .– Nada ,señor. Sólo quería saber qué dice la reina de mí. ¿Qué opina la reina de mí?

DIEGO.– Lo ignoro.

CALDERONA.– Sois un embustero. De [illegible] maneras, puedo imaginarme sus palabras. Sólo la he visto una vez. En el teatro. Su mirada fue fulminante. He de reconocer que es hermosa. ¿No os parece a vos hermosa?

DIEGO.– Es una mujer muy dulce.

CALDERONA.– ¡Dulce!...Que manera tan [illegible]ta de describir a alguien. ¿Cómo me describiríais a mí?

DIEGO.– Fresca.

CALDERONA.– ¿Fresca?

DIEGO.– En el buen sentido de la palabra. [illegible]ra.

CALDERONA.– Pero la reina es dulce. Sin embargo, el rey la encuentra «sosa». Aburrida. A él le gustan las mujeres alegres y con imaginación en el lecho.

DIEGO.– No me parece justo que el rey diga esas cosas de la reina.

CALDERONA.– ¿Tanto apreciáis a la reina?

DIEGO.– Tanto como vos al rey. *(Entra Lucio. Lleva un antifaz puesto)*

LUCIO.– ¡Malditas sean las mujeres! ¡Qué el diablo las confunda a todas!

CALDERONA – ¿Qué haces con ese antifaz?

LUCIO.– Protegerme de esas brujas. No quiero que me vean el rostro. Serían capaces de aguardarme en un callejón oscuro y despellejarme vivo.

CALDERONA.– ¿Pasaste por la taberna?

LUCIO.– No, señora. Anduve muy ocupado. Pero sí que me quedaron ganas. Y ya que lo mencionáis ¿podría servirme un vasito de vino señor? Estoy fatigado. *(Se levanta el antifaz)*

DIEGO.– Cualquier motivo es bueno para tí. Bebe... Y volvamos a trabajar.

LUCIO.– *(Sirviéndose el vino)* ¡Señor, es carnaval! Mañana será Cuaresma y se habrá acabado la alegría. ¿No podríamos dejarlo por hoy? Todo el mundo está divirtiéndose. La calle está ardiendo.

DIEGO.– Y yo también arderé, si no acabo este cuadro pronto.

LUCIO.– El rey lo comprenderá. También es fiesta para él. Seguro que esta noche hay baile en palacio. ¿No es así, señor?

CALDERONA.– Por supuesto. Es Martes de carnaval. Será una fiesta grandiosa. ¿Asistiréis vos, Don Diego?

DIEGO.– No.

CALDERONA.– ¿Por qué señor?

DIEGO.– No me gustan los bailes. Ni el carnaval. Ni la gente estúpida que se disfraza para hacer tonterías que al día siguiente preferiría olvidar.

CALDERONA.– ¡Qué aburrido sois Don Diego! El rey se equivocó al contrataros como pintor de la Corte. Debió encargaros presidir los funerales de palacio. Yo no sé qué daría por poder asistir a ese baile. Toda la Corte disfrazada. El rey, el conde–duque, las damas y la reina... ¿De qué irá disfrazada la reina?

LUCIO.– De pordiosera. Es lo más adecuado. Las pordioseras se han disfrazado de reinas.

CALDERONA.– ¡Un baile en palacio! ¡Qué hermoso ha de ser!

La reina exclamará con su bello acento francés:

«Música maestro» y la música sonará. Bailarán toda la noche.

¿No es así Maese Diego? Tal vez su majestad os solicite un baile.

(Acercándose a Lucio e imitando el acento francés)

«Me concede este baile, Maese Diego» (*Toma la mano de Lucio y fingen estar en un baile en palacio*) ¿O seréis vos quien se lo suplique, señor?

DIEGO.– Basta de cháchara y volvamos al trabajo.

LUCIO.– No seáis tan severo, mi señor. Llevamos casi dos semanas sentados como estatuas. Hoy es fiesta. Es un dia para reír y burlarse del mundo entero, para bailar, ir al teatro...

DIEGO.– Para tener una buena excusa y no trabajar.

CALDERONA.– ¿Qué hay de malo en ello, señor? ¿Es mejor vivir amargado como vos?

DIEGO.– Así sois todos los de vuestra clase. Zafios, analfabetos, soeces. Con más orgullo que piojos hay en vuestras cabezas. Pensando con la entrepierna y el estómago. Abarrotando los teatros para soltar vuestras risotadas como una piara de cerdos. Con la siesta como único esfuerzo diario. Engendrando hijos para que coman, duerman y huelguen para volver a engendrar a otros tantos que coman, duerman y sigan holgando. En eso es en lo que os habéis convertido, y a la hora de hacer algo que os dignifique, sacáis vuestro mísero orgullo como escudo y lo escupís al primero que se os ponga por delante. ¡Robemos y holguemos! El resto que lo hagan los demás.

CALDERONA.– Vos siempre estáis por encima de todo y de todos. Pero algún día alguien os empujará, y tras esa caída sólo encontrarán a un pobre hombre asustado, pero eso sí, lleno de dignidad.

DIEGO.– Antes de que eso ocurra, señora, quisiera acabar este retrato. Volvamos al trabajo de una vez.

CALDERONA.– Vamos Lucio. El señor no está para bromas.

LUCIO.– *(Levantándose)* Y eso que aún no es Cuaresma.

DIEGO.– No, Lucio. Tú ya no me haces falta.

LUCIO.– ¿Por qué señor?

DIEGO.– Voy a pintar a la señora, sola.

CALDERONA.– *(Sentándose en la silla de la tarima)* ¿Habéis cambiado de idea?

DIEGO.– Sí. Voy a empezar un nuevo retrato. De todas formas, este no lo habría acabado a tiempo.

CALDERONA.– ¿Y a qué se debe ese cambio?

DIEGO.– Algunas veces hay que dar muchas vueltas para encontrar el camino.

CALDERONA.– Me alegra que lo hayáis encontrado. Y bien, ¿he de cambiar de postura?

DIEGO.– No. Sólo de atuendo.

CALDERONA.– ¿Mi vestido? ¿Por qué?

DIEGO.– Quiero pintaros desnuda.

LUCIO.– *(Escupe el vino)*

CALDERONA.– ¿Qué decís?

LUCIO.– ¿Habéis perdido el juicio, señor?

DIEGO.– Quiero hacer un retrato digno de vos.

CALDERONA.– ¿Digno de mí?

DIEGO.– Quiero decir, un retrato especial... Voy a convertiros en una diosa.
¿Hay algo más grande que una diosa?

CALDERONA.– Sí. La vergüenza, señor.

DIEGO.– Vamos, señora. ¿Vos vergüenza?

CALDERONA.– Sois un miserable. ¿Hasta dónde seréis capaz de llegar?
(Bajando de la tarima)

LUCIO.– ¿Pero qué le ocurre hoy a todo el mundo?

DIEGO.– Lamento que os lo toméis así. Creía que no os conformaríais con un estúpido retrato. Un espejo vacío, donde mostrar la nariz o los dientes. Una mujer de vuestra talla debe aspirar a la belleza suprema. Pero si os he ofendido, estoy dispuesto a pedir disculpas.

LUCIO.– Sí. Eso está mejor, señor. Mi señora no puede posar desnuda. ¿Qué diría el rey?

DIEGO.– El rey quedaría fascinado por un cuadro así. Tal vez si la reina tuviese uno, él no la encontraría tan «sosa» y disfrutaría más a menudo de su presencia.

CALDERONA.– Sois osado, Maese Diego, pero aún no me conocéis.
(Se dirige a un caballete y se esconde tras él)

DIEGO– ¿Qué mosca le ha picado ahora?

LUCIO .– Señor creo que habéis ido demasiado lejos. No debéis estar en vuestros cabales. La amante del rey posando desnuda para vos.

DIEGO.– ¿Qué estáis haciendo, señora?

CALDERONA.– *(Mientras se quita la ropa)* Vamos, señor. Yo no entiendo de arte ni de mitología, pero si al rey le placen esas cosas, no seré yo quien no le complazca.

DIEGO.– No quisiera que os sintieseis obligada.

CALDERONA.– ¿Obligarme? ¡Qué vanidoso sois, señor! Voy a posar desnuda para vos porque yo lo he decidido.

DIEGO.– Sólo estoy pensando en vos.

LUCIO.– Pero señora ¿sabéis lo que vais a hacer? ¿Desnuda? ¿Vos desnuda? En cueros. Como vuestra madre os trajo al mundo... Con... con todo al aire... ¡Jesús, María y José!

CALDERONA.– Como mi madre me trajo al mundo. Tú lo has dicho. No debe haber nada malo en ello. Mi madre sólo hizo cosas buenas.

LUCIO.– ¡Pero os vais a desnudar delante de dos hombres!

CALDERONA.– No. Delante de un pintor. Tú no estarás presente.

LUCIO.– ¿Que yo...? ¡Ah no! A mi se me encargó no dejaros a solas con él y no pienso marcharme ahora. Ahora precisamente que vos vais a enseñar vuestras vergüenzas. No pienso jugarme el cuello ante el rey.

CALDERONA.–Y yo no pienso desnudarme delante de ti.

DIEGO.– Eso podemos solucionarlo.
(Coge una tira de tela que cuelga de un caballete y se acerca a Lucio)

LUCIO.– ¿Qué vais a hacer señor?

DIEGO.– El rey te ordenó no dejarnos a solas.
(Comienza a vendarle los ojos)
Pero sólo se refería a tu presencia. No a tus ojos.

LUCIO.– Esto no es justo señor.

DIEGO.– *(Empujándole sobre la silla)* Siéntate en esta silla y no abras la boca o también te la vendaré.

LUCIO.– *(Sentándose)* Pero, ¿cómo puedo cuidar de mi señora así?

DIEGO.– No te preocupes. Tu señora está en buenas manos.

LUCIO.– Son vuestras manos precisamente las que me preocupan.

(Calderona sale envuelta en una sábana)

DIEGO.– Y bien, señora...

CALDERONA.– Lo haré, señor. Pero lo haré de espaldas. No pienso llegar más lejos.

DIEGO.– Si es eso lo que queréis, será de espaldas.

CALDERONA.– Dáos la vuelta, señor.

DIEGO.– ¡Cuánto remilgo! Está bien, como queráis.

(Diego se vuelve de espaldas a ella y ella hace lo mismo. Se desprende de la tela. Gira su cara y mira a Diego. Se arrodilla sobre la tarima.)

LUCIO.– Nos vamos a arrepentir.

CALDERONA.– Ya podéis volveros.

DIEGO.– *(Volviéndose)* Señora, esa posición no me sirve. Voy a colocaros, con vuestro permiso.

LUCIO.– ¿Qué vais a hacer?

Señor, no me la juguéis.

DIEGO.– Sólo voy a intentar la composición, Lucio.

(Diego se acerca a La Calderona.)

¿Me permitís, señora?

CALDERONA.– *(Desafiante)* Adelante, señor.

(Diego va colocando a La Calderona, en una posición muy similar a la de "La Venus del espejo" de Velázquez. Lo hace de una manera muy delicada.)

LUCIO.– ¿Qué estáis haciendo, señor? No os quedéis callado. Hablad.

DIEGO.– Sois muy hermosa señora.

CALDERONA.– Creía que vuestros ojos sólo eran los de un pintor.

DIEGO.–. Los de un pintor, son los primeros en reconocer la belleza. *(Se aleja de ella y observa)*

Pero así no podré ver vuestros ojos.

CALDERONA.– Tendréis que imaginarlos, señor.

DIEGO.– Esperad.

(Se dirige a la mesa y saca de un pequeño arcón, un espejo de mano)

LUCIO.– Esto es una tortura, señor. ¡Dejádme ver!

DIEGO.– *(Lleva el espejo a La Calderona)* Sostenedlo. Inclinadlo de manera que pueda ver vuestro rostro. *(Calderona coge el espejo y se mira en él).*

DIEGO.– *(Buscando el ángulo)* ¡Ahí! Dejadlo así.

LUCIO.– ¿Qué está pasando? ¿Está la señora de espaldas?

DIEGO.– Sí, Lucio.

LUCIO.– Pues el rey habrá de fijarse muy bien en el cuadro. Porque como no sea por el trasero, no sé como va a reconocer a la señora.

DIEGO.– Es una lástima que no puedas ver lo que yo estoy viendo, Lucio.

LUCIO – ¿Y qué es lo que veis, señor?

DIEGO – *(Acercándose de nuevo a ella)* A una diosa. Una auténtica diosa.

LUCIO.– ¡Dios nos ampare!

DIEGO.– Afrodita. La diosa del amor y la belleza. Ese será nuestro cuadro.

CALDERONA.– ¡La diosa del amor! ¡Qué hermoso!

DIEGO.– ¿Os parece hermoso?

CALDERONA.– ¿A vos no?

DIEGO.– El amor es lo más putrefacto que existe señora.

Es la perfecta excusa para disfrazar nuestras miserias.

CALDERONA.– ¿Eso pensáis?

DIEGO.– ¿Quién puede decir que ama?

CALDERONA.– Los enamorados.

DIEGO.– ¿Enamorados? Dos animales que solo ansían yacer el uno con el otro. Después de eso... no queda nada

CALDERONA.– ¡Pobre Don Diego! Debeis sufrir mucho. No creéis en el amor y quereis pintar a su diosa. ¿Quién os hizo tanto daño? ¿Tal vez la reina?

DIEGO.– No volváis a hablar de la reina en mi presencia. No todos somos como [illegible] señora.

CALDERONA.– Si vos fuese[illegible] opinarías así sobre lo únic[illegible]era en este mundo.

DIEGO.– ¿Qué? ¿El amor? ¿[illegible] nacéis vos le llamáis amor?

¿A venderse a cualquiera por unas prebendas?

¿A no tener sentido del pudor, ni de la dignidad?

¿A cuánto vendéis un beso? ¿Por cuanto os tumbáis en el lecho?

CALDERONA.– *(Bajando el espejo)* Por algo que vos nunca podréis pagar.

(Se cubre con la tela)

DIEGO.– ¿A dónde demonios vais a hora? ¡No hemos terminado aún!

CALDERONA.– Sí, Maese Diego. Hemos terminado. ¿Queríais humillarme con esta treta? Os hacen falta muchos reaños para poder

herirme. Me voy, señor. No es bueno para vos ver tanta belleza. *(Sale)*

DIEGO.– ¡Maldita sea la perra que la parió!

LUCIO.– ¿Señor? ¿Podriais quitarme la venda?

DIEGO.– *(Acercándose a él)* De buena gana te dejaba así de por vida.

LUCIO.– ¡Oh no mi señor! (*Mientras Diego le quita la venda*) Prefiero quedarme mudo.

DIEGO.– Eso sería un milagro.

LUCIO.– ¡Alabado sea Dios! Esto ha sido una faena, señor.

DIEGO.– ¿Pero quién se ha creído que es esa maldita mujer?

LUCIO.– Creo que nunca la he visto temblar ante nada. Esta hecha con la piel del diablo y el cerebro de una bruja.

DIEGO.– Así debe ser. No creo que haya humano que pueda soportarla.

LUCIO.– El rey lo hace mi señor

DIEGO.– Le compadezco. ¿Cómo un rey puede entenderse con una mujer así?

LUCIO.– ¿No os parece bien que el rey se vea con ella?

DIEGO.– Eso a mí no me incumbe.

LUCIO.– ¿Estáis seguro, señor?

DIEGO.– ¡Cierra la boca de una vez!

LUCIO.– Como queráis, señor.

(Acude a la mesa y coge una Biblia que hay sobre ella)

¿Leéis la Biblia mi señor? Yo no puedo. Desconozco el latín.

DIEGO.– *(Se la quita de las manos y caen unos papeles que habían dentro)* ¡No toques mis cosas!

LUCIO.– *(Se agacha a recogerlos)* No os enojéis, ahora lo recojo. Tenéis un día muy extraño mi señor. (*Esconde un papel que ha encontrado dentro de la Biblia*)

DIEGO.– Contigo todo es extraño.*(Coge la Biblia)* Quédate quieto de una vez.

LUCIO.– Está bien, señor.

(Camina hacia el balcón, de espaldas a Diego y guarda en su jubón el papel que ha encontrado. Se escucha el sonido de unos tambores. Como si una procesión pasase por debajo del balcón. Lucio acude interesado.)

«La Troya» va de fiesta.

DIEGO.– ¿La Troya?

LUCIO.– El Santo Oficio. Van a quemar a una. Ni siquiera en carnaval descansan.

DIEGO.– *(Acudiendo al balcón)* ¡Dios nos ampare! ¡Es «La Bendita»!

LUCIO.– ¿La conocéis, señor?

DIEGO.– Todo el mundo la conoce en la Corte. Alguien la ha traicionado.

LUCIO.– Esa «Bendita» es una de los «alumbrados», ¿verdad?

DIEGO.– No lo sé.

LUCIO.– Esa gente lo va a pasar muy mal. Dicen que son unos conspiradores y van a por ellos.

DIEGO.– Se dicen muchas tonterías. ¿Cuándo acabará esta locura?

LUCIO.– ¿No os parece bien que se quemen brujas?

DIEGO.– No me parece bien que se queme a nadie. (*Se santigua*) Que Dios se apiade de ella. Esos hijos de perra lo pagarán algún día.

LUCIO.– Esa mujer os ha impresionado mucho. Juraría que os ha mirado cuando pasó por este balcón. Creo que os reconoció.

DIEGO.– No digas majaderías.

LUCIO.– Fue una mirada muy especial. Como si quisiera deciros algo.

DIEGO.– ¿Qué tratas de decir, palurdo?

LUCIO.– Nada, señor. No tiene importancia. Al fin y al cabo nosotros no tenemos nada que temer. No somos judíos, ni herejes, ni brujos, ni «alumbrados», ¿no es así, señor?

DIEGO.– Pero tú eres un cretino y a los cretinos suelen apedrearlos.

(Se quita el guardapolvo. Se pone una chaqueta y se dispone a marcharse.)

LUCIO.– ¿Os marcháis, señor?

DIEGO.– He de acudir a palacio.

LUCIO.– ¿Veréis a la reina?

DIEGO.– Tal vez.

LUCIO.– Ponedme a sus pies.

DIEGO.– No te conviene. Te daría un puntapié.

(Coge la Biblia y se la lleva. Comienza a caminar.)

LUCIO.– Señor...Tened cuidado. Las calles están llenas de rufianes y los disfraces son perfectos para sus fechorías.

DIEGO.– Gracias por tu interés. Despídeme de tu señora y disfruta del carnaval. Tal vez la Cuaresma llegue antes de lo que esperamos.

(Diego sale. Lucio va a la mesa. Saca una bolsa de monedas de su jubón. La abre y comien-

za a contar monedas. La Calderona sale vestida.)

CALDERONA.– ¿Se fue Maese Diego?

LUCIO.– *(Sorprendido. Las monedas caen al suelo)* Sí. Me dijo que te saludara. Tenía mucha prisa.

CALDERONA.– *(Descubre cómo Lucio oculta la bolsa)* ¿Qué ocultas ahí?

LUCIO.–. Nada.

CALDERONA.– Enséñamelo.

LUCIO.– No tengo por qué hacerlo.

CALDERONA.– *(Abalanzándose sobre él)* Me lo vas a dar ahora mismo. *(Agarra la bolsa)* ¿A quién se la has robado ?

LUCIO.– Yo no he robado nada.

CALDERONA.– ¿Cuándo has tenido tú una bolsa llena de monedas? ¿Cuándo has tenido siquiera una bolsa vacía? *(La observa)* Pero... Este sello... ¿De dónde has sacado esto?

(Se acerca por detrás de él y le agarra por la entrepierna)

LUCIO.– ¿Qué haces mujer? ¿Estás loca?

CALDERONA.– Dime, ¿de dónde ha salido esta bolsa?

LUCIO.– Me estás haciendo daño.

CALDERONA.– Más te dolerá cuando los tenga en mis manos. ¡Habla!

LUCIO.– ¡Está bien! Un hombre me abordó en el mercado y dijo que vigilara a Maese Diego y que le tuviese informado de todo cuanto oyese o viese en esta casa. Que me pagaría generosamente.

CALDERONA.– *(Le suelta)* ¡Santo Dios!

LUCIO.– ¡Maldita seas! Eres una bruja, Calderona.

CALDERONA.– Y tú un malnacido. Por eso, tenías tanto interés en que me dejase retratar. ¿Cómo has podido, Judas Iscariote?...

LUCIO.– Échame tu veneno, que no me matará. Para ti es muy fácil hablar. Tú lo tienes todo. Trajes, joyas, casa,... hasta cuadros. Pero yo no tengo nada. Quiero comer, beber y vivir como un rey. ¿Es que no lo puedes entender? Ya no me basta con sobrevivir. *(Se acerca a ella)* Pero si tú dejases de tratarme así... Si por una vez me dieras eso que a otros concedes sin tantos remilgos... Yo sería capaz de renunciar a todo.

CALDERONA.– No me pongas las manos encima, Lucio.

LUCIO.– *(Se acerca más a ella y la coge por los brazos)*. Cede, mujer y haré lo que quieras. Llevo años esperándolo.

CALDERONA.– *(Librándose de él)* Antes me iría con un puerco.

LUCIO.– Algún día lamentarás tus desprecios.

CALDERONA.–Y tú, tu osadía. ¿Crees que voy a asistir impasible a este juego? Hablaré con Don Diego y te dará una paliza que no olvidarás en toda tu vida, loco borracho.

LUCIO.– Yo de ti no lo haría. Si alguien desea la caída de Don Diego, son muchos más los que anhelan la tuya, Calderona. Y nadie mejor que yo para hablar de tus brujerías.

CALDERONA.– Yo no hago brujerías.

LUCIO.– ¡Oh sí, ya lo creo! Estos ojos lo han visto.

(Se sienta en la tarima y simula ser un banquillo de un tribunal)

«Sí, Ilustrísima, yo la he visto preparar sus brebajes. He olido sus hierbas y raíces. Ha sanado a venéreos. Ha reparado virgos. Ha detenido preñeces y hasta hemorragias. Dice extrañas oraciones y usa polvos y ungüentos mágicos. Se encomienda a Belcebú y se entrega a orgías nocturnas. ¡Aquí tenéis la prueba de su brujería! *(Extiende la pierna)* Esta pierna estaba sana y ahora cojea. Su maldición me persigue. *(Se arrodilla con las manos juntas)* Amparadme en nombre de la Santísima Trinidad.

CALDERONA.– ¿Serías capaz de hacerme eso?

LUCIO.– *(Levantándose)* Y si añadimos que eres cómica... En tres días, arderás en la pira. *(Se santigua)* Amén.

CALDERONA.– ¡Sapo del infierno!

LUCIO.– El rey no defendería jamás a una bruja, por muy bien que le caliente la cama.

CALDERONA.– ¡Hijo de Satanás!

LUCIO.– Guarda silencio y nada tendrás que temer. Tú sigue abriendo tus piernas al rey. Disfruta de sus prebendas y deja que yo disfrute de lo mío.

CALDERONA.– *(Escupe en el suelo)* No vivirás para gozar de esta infamia.

LUCIO.– No me asustan tus maldiciones.

CALDERONA.– ¡Mal rayo te parta en dos! ¡Y mal rayo me parta a mí!

(Sale corriendo por el hombro derecho)

LUCIO.– *(Corre al balcón)* Corre, corre, bruja en-

demoniada. No volverás a doblegarme ni por los encajes de tu cama. Que Lucio no tiene dueño. Que a Lucio nadie le manda. Aunque una palabra tuya, bastaría para perderme. *(Suena la algarabía del carnaval. Coge su bolsa de monedas)* ¡Pero qué demonios! ¡Es carnaval! ¡Vamos a quemar Madrid! *(Suena con más fuerza la música. Oscuro.)*

JORNADA TERCERA

(Taller de Velázquez. Luz de tarde. Vemos a Diego tumbado sobre la tarima. Se despierta sobresaltado. A su lado tiene la Biblia. Se levanta. Va hacia la mesa. La esconde y se sirve una copa de vino. Entra Lucio con aspecto cansado.)

LUCIO.– Buenas tardes tenga vuesa merced.

DIEGO.– *(Sorprendido)* ¿Y tu señora?

LUCIO.– Vendrá más tarde. Me envió para deciros que la representación se alargó más de lo previsto. *(Mirando la jarra de vino)* ¿Os molestaría mucho que me sirviese un vasito de vino? Es para despejarme.

DIEGO.– ¿Despejarse con vino?

LUCIO.– ¡Oh sí, señor! El vino hace que fluya la sangre y eso consigue despertar el cuerpo y la mente.

DIEGO.– Bebe, cuentista.

LUCIO.– Gracias, señor. *(Lucio acude a la mesa. Coge la jarra de vino y se sirve un vaso)* Lo necesitaba de veras. No he pegado ojo en toda la noche.

DIEGO.– ¿Y eso por qué? ¿No sería también el vino?

LUCIO.– La culpa fue de vuestro criado. Ese maldito portugués a quien Dios confunda para siempre.

DIEGO.– ¿Qué es lo que te ha hecho?

LUCIO.– Una maldita apuesta. A ese hijo de una vaca portuguesa, se le ocurrió retarme. Dijo que yo no era capaz de pasar la noche en un convento de monjas. Yo le dije que sí, y él se apostó tres reales a que no lo conseguiría.

DIEGO.– ¿Tres reales? ¿De dónde ha sacado ese malnacido tres reales?

LUCIO.– Supongo que de vuestra bolsa. Ese marrano tiene muy largos los dedos.

DIEGO.– ¿Son más cortos los tuyos?

LUCIO.– El caso es que animado por las monedas y por el orgullo que uno también lo tiene, quise demostrarle a esa trucha del Tajo que a mi no había empresa que se me resistiese. Y allá fui. Esperé a que anocheciera y salté la tapia del convento. Aparecí en el patio y abrí la primera puerta que me vino en gana. Topé con la cocina y de pronto vi una enorme mole vestida de monja, con un perol en la mano. Aquella «Sansona» comenzó a gritar como si estuviesen degollándola y no tuve más remedio que darle un mamporro con la sartén.

DIEGO.– ¿Golpeaste a una monja?

LUCIO.– ¿Y qué queríais que hiciese? Chillaba como un cochinillo. Pero en vano fueron mis golpes, los bramidos de aquél elefante, alertaron a toda la comunidad. Salí corriendo de la cocina y de pronto me encontré con una legión de murciélagos que venían hacia mí.

DIEGO.– ¿Las monjas persiguiéndote?

LUCIO.– Toda la congregación, señor. Por fi pé con otra puerta. Era una celda. Entre, vi a la criatura más hermosa que Dio creado.

DIEGO.– ¿Era otra monja?

LUCIO.– Mejor aún. Una novicia. Yo enseguida la tapé la boca y le dije: «o cierras la boca o del próximo golpe te envío a visitar a tu novio en el cielo». Obedeció pero el tiempo pasaba y en el roce de sus hábitos, halle la paz. Cuando me quise dar cuenta, ya estábamos cabalgando.

DIEGO.– ¿Tú y la monja... jodiendo?

LUCIO.– ¡Y cómo Maese Diego!... El ayuno y la vida contemplativa las hace entrar en éxtasis en seguida y poder repetir hasta cansarse. A cada embestida mencionaba a un santo y en cada derrame a una virgen.

DIEGO.– *(Riendo)* ¡Has desvirgado a una novicia!

LUCIO.– No. La he hecho subir al cielo. ¿No es eso lo que desean?

DIEGO.– Eres un desalmado. ¿Y cómo acabó la contienda?

LUCIO.– Agradecida me condujo hasta la salida. Luego me dio su toca como prueba *(Saca de su casaca la toca blanca de una novicia)* Y de nuevo en la calle, me santigüé. Di gracias

a Dios por revelarme toda su grandeza y ya era de día.

DIEGO.– ¡Hijo de perra! Debería azotar a Gracián por esa fechoría y a ti obligarte a casarte con esa pobre criatura.

LUCIO.– ¿Pobre? ¡Aún debe estar dando gracias a Dios por tanta alegría! Que en esos conventos ha mucha falta de un hombre. Son muchas gallinas sin gallo. He de volver. No hay en Madrid mejor mancebía.

DIEGO.– *(Riendo)* Pasa primero por la cocina. La «Sansona» te espera. No la dejaste muy complacida.

LUCIO.– *(Riendo)* Aún he de crecer mucho. No pasaría de sus rodillas. Entero yo le cabría. Debe tener el cuajo de una vaca. ¡Y también las tetas! Por eso está en la cocina. Para abastecer de leche al convento. *(Los dos hombres ríen. Entra La Calderona y los observa.)*

CALDERONA.– Buenas tardes, señor.

DIEGO.– *(Riendo. Se levanta)* Buenas tardes señora.

CALDERONA.– Lamento el retraso.

DIEGO.– No os preocupéis. Lucio ya me lo dijo. ¿Gustó la comedia?

CALDERONA.– Era un Auto sacramental. Hoy es Corpus, señor.

DIEGO.– ¡Oh sí! Lo había olvidado. ¿Un Auto de Maese Lope?

CALDERONA– No. De un joven llamado Calderón.

DIEGO.– ¿Pariente vuestro señora?

CALDERONA.– No, señor. Es sólo una coincidencia.

DIEGO.– *(Se sienta y se sirve un vaso de vino)* ¿Y qué dice el maestro Lope de Vega de ese joven?

LUCIO.– Pestes, señor. Pestes.

DIEGO.– Bueno ¿y de quién no las dice? Debe ser bueno el joven, si no, Maese Lope no se molestaría en dedicarle ni un sólo insulto. *(Se oye a un hombre silbar una melodía)*

LUCIO.– *(Saltando de la silla)* ¡Gracián! ¡Ese es Gracián! (*Corre al balcón*) ¡Espera puerco portugués! ¡Tienes una deuda conmigo! ¡No corras, hijo de la gran puta!

DIEGO.– ¡Lucio! No grites en mi balcón.

LUCIO.– Señor, ese malnacido no quiere pagarme la deuda, y no es justo. ¡Se está escapando! Voy a por él. Os juro que no tardaré ni un minuto.

DIEGO.– ¿Ahora no te importa dejar sola a tu señora?

LUCIO.– Señor, son tres reales. Y me costó mucho ganarlos.

DIEGO.– Sí. De eso estoy seguro. Ve y que el diablo se os lleve a los dos.

LUCIO.– No tardaré. *(Corre hacia la puerta. Se detiene)* Puedo confiar en vos, ¿verdad señor?

DIEGO.– ¡Vete de una vez!

LUCIO.– Sí, señor. ¡Espera, sapo del Tajo! *(Sale)* *(Ella se sienta)*

DIEGO.–Y bien, mi señora, ¿hemos de esperar a Lucio? ¿O podremos empezar sin él?

CALDERONA.– Será mejor esperarle.

DIEGO–. ¿Os incomoda estar a solas conmigo? ¡Qué estupidez! Una mujer como vos, no debe asustarse por estar a solas con un hombre. Ya debe estar acostumbrada.

CALDERONA.– ¿Es cierto que sois un alumbrado?

DIEGO.– ¿Qué habéis dicho?

CALDERONA.– Me habéis oído muy bien. ¿Es cierto?

DIEGO.– ¿Y si así fuese?

CALDERONA.– ¿Sabéis que quieren acabar con los vuestros?

DIEGO.– Siempre lo han intentado.

CALDERONA.– Pero esta vez va en serio. He oído hablar al rey. Quieren dar un escarmiento ejemplar. Hay demasiadas rebeliones. El Conde–Duque quiere hacer una demostración de poder. Y van a caer todos. Judíos, rebeldes, separatistas y alumbrados. Cualquiera que suponga un peligro para el Imperio.

DIEGO.– ¿Por qué os preocupa, señora?

CALDERONA.– Estáis en peligro, señor. Y yo, también podría estarlo por vos. Muchos ojos os observan. Donde menos os esperáis, hay un espía. Mucho más cerca de lo que vos pensáis.

DIEGO.– Sois una embustera, señora. *(Se acerca a ella)* ¿Por qué no decís la verdad?

CALDERONA.– ¿Qué verdad?

DIEGO.– *(Se coloca tras ella)* Que me amáis. Atreveos a decirlo.

CALDERONA.– Habéis bebido mucho, Don Diego.

DIEGO.– ¡Sí, señora! *(Se coloca tras ella.)* Pero olvidáis que un hombre sabe cuando una mujer le desea. Nota su olor. Es inevitable. *(Acerca su rostro al de ella. Ella se levanta).* Oléis a hembra, señora. Y no hay mejor aroma en el mundo. *(Se acerca a ella)*

CALDERONA.– Alejáos de mi, señor.

DIEGO.– *(Cogiéndola por la cintura)* ¿Tenéis miedo? *(La aprieta contra su cuerpo)*

CALDERONA.– ¿Qué estáis haciendo?

DIEGO.– Lo que un hombre hace con una mujer.

CALDERONA.– Don Diego, no hagáis nada de lo que podáis arrepentiros.

DIEGO.– Si el rey ha de castigarme, que sea por algo más que un simple cuadro.

CALDERONA.– ¡Dejádme, señor! ¡Nos sabéis lo que estáis haciendo!

DIEGO.– Sé muy bien lo que hago. Y una mujer como vos debería reconocerlo al instante. *(La besa)*

CALDERONA.– *(Le da una bofetada.)* Las mujeres como yo cobramos por esto.

DIEGO.– Si es por eso, yo os pagaré, mejor que el rey.

CALDERONA.– *(Alejándose de él)* ¡Estáis borracho!

DIEGO.– ¡No finjáis más! Hace mucho tiempo que los dos lo esperamos.

CALDERONA.– *(Empujándole y saliendo del acoso)* ¡Vamos! ¿A qué esperáis? Es muy fácil señor. Sólo tenéis que quitaros los calzones. ¿Sabréis hacerlo? Vamos a vuestro cuarto. ¿O preferís en el suelo?... No, no. Mejor en la mesa. Sí. *(Corre a la mesa y se apoya en ella)* Aquí.

¡Vamos mi señor! Mi ansia no puede esperar más.

DIEGO.– ¿Pero... qué os pasa?

CALDERONA.– ¡Vamos! Hacedlo. Sois un hombre, ¿no? ¿No oléis mi aroma a hembra? *(Baja de la mesa y se acerca él)* ¿Qué os ocurre? *(Le abraza contra ella)*

DIEGO.– ¿Os habéis vuelto loca?

CALDERONA.– Sé que lo estáis deseando. *(Pone su mano en la entrepierna de Diego)* Yo os ayudaré. ¡Vamos! Hacedlo. Imbécil, hacedlo. *(A cada insulto le empuja con la mano y él va retrocediendo.)* ¡Hacedlo imbécil! ¡Imbécil, imbécil, imbécil...!

DIEGO.– ¡Basta ya! ¡Por Dios, basta!

CALDERONA.– *(Se aparta de él llorando)* ¿Estáis satisfecho, señor? ¿Era eso lo que queríais? Debería hablar con el rey y hacer que os azotasen como a un ladrón de taberna.

DIEGO.– ¿Y por qué no lo hacéis? ¿Por qué no lo hicisteis el primer día que entrasteis por esa puerta?

CALDERONA.– Porque yo no soy tan miserable como vos. Siempre pensé que erais un gran hombre. No creí que con vos también sería así. Yo os admiraba, Maese Diego. Siempre os he admirado. El rey me enseñó algunos de vuestros cuadros y pensaba que alguien que podía pintar tanta belleza, tenía que ser muy especial. Un hombre con un alma grande y abierta. Que no juzgaba, sólo mostraba. Os vi una vez en público y el corazón me dio un vuelco. Cuando el rey me dijo que ibais a pintar mi retrato, fui la mujer más feliz del mundo. Iba a conoceros. A estar cerca de vos. Pensé: «Nadie estará más cerca de la belleza que yo.» Para una persona que ha conocido tanta miseria, vos, erais la luz. Pero no es así. Vos también desconocéis la belleza. Y eso me apena más por vos que por mí. Porque debe ser muy triste estar rodeado de ella y no llegar a tocarla nunca.

DIEGO.– ¡Mierda, señora! ¡Mierda!

CALDERONA.– ¿Qué decís señor?

DIEGO.– Mierda. Eso es lo que nos rodea. Cae desde los balcones. La pisamos en las calles. La olemos en nuestras casas. Y sin embargo cuando alguien la menciona con todas sus letras, corremos a quemarle en una hoguera. Todos estamos llenos de mierda. A mi me llega hasta el alma. Pinto y pinto cuanto se me ordena. No pregunto. Sólo pinto. Un rey o una victoria. ¿Qué importa que sea una derrota? Yo sé hacer magia. ¡Qué importa que sea un necio! Yo le convertiré en un rey. Mi amigo Rubens me dijo que la Corte acabaría conmigo y yo no le creí. Ahora sé que es cierto. La Corte es un desfile de ánimas empeñadas en resucitar, paseando sus miserias por el Alcázar, donde vos nunca podréis entrar porque vos estáis llena de vida. De todo cuanto soñaba, sólo queda un cargo, un título. A cambio estoy sometido. ¿Y sabéis que he conseguido en

este tiempo? Unas úlceras sangrantes. Una esposa que no amo. Una hija que me ignora. Unos cuadros que no reconozco y un rey al que detesto. Sí, señora, pero soy el pintor de la Corte. Ya veis. ¿Quién lo diría? Subir tan alto para caer tan bajo. *(La besa muy despacio. Cae de rodillas.)* Ahora podéis golpearme, señora.

CALDERONA.– Acabad ese retrato, señor. Seré obediente, muda, inmóvil, pero pintadlo, por Dios pintadlo. *(Llorando)* ¡Pintadlo!

DIEGO.– Lo haré, María. *(Abrazándola)* Os juro que lo haré. *(Entra Lucio. Calderona se aparta de Diego y se coloca de espaldas.)*

CALDERONA.– ¿Por qué has tardado tanto?

LUCIO.– *(Serio)* Las calles están revueltas, señora. No es fácil andar por ellas. Hay corrillos en la plazuela de Barajas y mucho ir y venir en San Ginés. La guardia está por todas partes. **CALDERONA.**– Os lo dije, señor.

LUCIO.– Algunos amigos vuestros han sido detenidos.

DIEGO.– ¿Atrapaste a Gracián?

LUCIO.– Sí, mi señor.

DIEGO.– ¿Y recuperaste tus tres reales?

LUCIO.– Eso y mucho más.

DIEGO.– Vamos, hay que acabar este cuadro.

LUCIO.– Sí. Hay que acabarlo. El rey se puede impacientar. ¿Se lo mostraréis a la reina, señor? La reina disfrutará viendo a la puta del rey... desnuda.

DIEGO.– (*Se abalanza sobre él. Le coge de la solapa)* ¡Escúchame bien, hijo de perra! (*Le arrastra hasta el balcón y le coloca medio cuerpo fuera*) Si vuelves a llamarla así. Si vuelves a insinuar siquiera alguna de tus porquerías, te arrojaré desde aquí y si te queda algún hueso sano, yo mismo bajaré para partírtelo en mil pedazos. ¿Está claro? *(La Calderona acude al balcón)*

CALDERONA.– ¡No Don Diego! Dejádle. No vale la pena.

DIEGO.– No hasta que os haya pedido disculpas.

LUCIO.– *(Deshaciéndose de él)* ¡Soltadme de una vez! Y dejad de hacer el papel de caballero.

CALDERONA.– ¡Basta ya Lucio! ¿Es que te has vuelto loco?

LUCIO.– Se acabó la comedia. Tú no eres una señora, yo no soy un criado y él, él no es siquiera un caballero.

CALDERONA.– ¿Pero qué estás diciendo?

DIEGO.– No le hagáis caso, señora. Debe haber estado bebiendo con Gracián.

LUCIO.– Así es, señor. Y no hay peor criado que aquél que bebe en exceso. Por una jarra de vino, puede soltar su lengua hasta límites insospechados.

CALDERONA.– Lucio...

LUCIO.– Te hablaré claro mujer. Deja que este viejo cómico te lo explique. ¡Qué estúpida has sido, Calderona! Tú, la más grande cómica de España, dejándose atrapar en una comedia tan antigua como esta.

CALDERONA.– ¿De qué estás hablando?

LUCIO.– ¿Te han deslumbrado sus pinceles? ¿Sus bonitas palabras? ¡Cuánto se habrán reído de ti en la Corte! Las damas, los nobles el mismísimo Conde-Duque y la reina... La autora de esta farsa junto a su fiel perro sevillano: (*Imitando el acento francés*) «Bello pintor ayudadme a destruir a esa bruja que ha hechizado a mi señor. Os recompensaré.»

DIEGO.– ¿Qué nueva majadería estás tramando ahora?

LUCIO.– ¿Majadería, Don Diego? *(Saca un papel de su jubón y lee)*

«Majestad: La paloma entró en la jaula. Ahora sólo es cuestión de apretarla. Vuestro, sevillano»... Decid Don Diego ¿De qué manera os recompensará la reina por espiar a la Calderona?

CALDERONA.– ¿No decís nada, Don Diego? ¿No os defendéis de esas calumnias? ¿No gritáis que miente? ¿No os arrojáis sobre él?

DIEGO.– Señora, creedme. Yo... Yo sólo puedo deciros que os amo.

CALDERONA.– *(Le escupe en la cara)* ¡Cobarde! Todos sois unos cobardes. La Corte entera contra una sola mujer. ¡Cuán pobre y miserable sois, Maese Diego, para poder amar a una mujer como la reina, que necesita de todo un imperio para conservar a su rey! ¡Aquí estoy! ¡Venid a por mí! Porque ni todo el ejército de Flandes podrá conmigo. Ahora no. Ahora soy intocable. *(Ríe)* Id a ver a vuestra reina, sevillano, y decidle que lo intentasteis, pero que hará falta mucho más que un valido, un pintor y una reina

ción!...Ya no está...*(Deja caer las plumas)* ¿Y vuestro Mastín?

CALDERONA.– El rey le ha desterrado.

DIEGO.– ¡Pobre Lucio! Él sí es un peligro. Un pobre cómico es más peligroso que un «alumbrado». En cambio yo me quedo aquí. Beso la mano de mi rey. Lamo las suelos de sus zapatos. Muestro mi culo al rey.

CALDERONA.– ¡Callad Don Diego!

DIEGO.– ¡No hay nada que temer! *(Acude al balcón)* ¡Oídme cabrones! ¡Soy un «alumbrado»! No creo en el poder divino del rey! ¡Yo sólo creo en la luz! *(Ríe)* ¿Veis? No pasa nada. Nadie escucha mi voz. Puedo decir cuanto quiera.

CALDERONA.– Estáis borracho, Maese Diego.

DIEGO.– Sí. Maese Velázquez está borracho. Y sigue sin entender por qué el rey no le ha castigado. ¿Sabéis vos algo señora? *(Entra Lucio muy despacio)*

CALDERONA.– El rey os necesita. Ningún otro rey tuvo mejor pintor.

DIEGO.– ¿Sólo por eso? Decid, señora ¿Podéis explicarme qué extraño juego está teniendo lugar?

LUCIO.– ¿Por qué no lo hacéis señora?

CALDERONA.– ¡Lucio! ¿Qué haces aquí?

LUCIO.– He venido a despedirme antes de emprender mi viaje a ese pueblucho de La Mancha, donde el rey ha tenido a bien enviarme.

DIEGO.– Sal de mi casa.

LUCIO.– *(Sacando una navaja)* Venid y echadme vos.

CALDERONA.– *(Corre hacia él)* ¡No, Lucio!

LUCIO.– *(Apartándola)* No te metas, mujer. Esto es un asunto entre Don Diego y yo.

DIEGO.– No me asustas, piojoso.

(Se acerca a él e intenta atraparle. Lucio le esquiva. Le da un golpe en el pie y Diego cae al suelo. Lucio se sube encima de él y levanta la navaja.)

CALDERONA.– *(Acercándose y deteniendo su mano)* ¡Lucio, si es cierto que me amas, déjale! **LUCIO.**– ¿Cómo es posible que aún puedas sentir algo por este hombre?

CALDERONA.– ¿Cómo es posible que tú, a pesar de todo, lo hayas sentido por mí?

(Lucio mira a Diego. Baja su brazo)

LUCIO.– Eres un hombre afortunado, pintor. Ella te ha vuelto a salvar. ¿Querías saberlo, ¿no? *(Hablándole muy cerca de su cara)* ¿Y quieres saber algo más? Espera un hijo. Un hijo del rey.

CALDERONA.– ¡Lucio, calla!

LUCIO.– Pero es una necia cómica deslumbrada por tus pinceles. Ha cambiado su libertad por la tuya y el rey ha aceptado el cambio. Tendrá a su hijo en un convento y luego lo entregará. Y allí pasará el resto de su vida. *(Ríe)* Todas las cómicas acaban locas. Da gracias a la señora. Ella te ha salvado. En cambio a mí me han condenado. El rey no quiere testigos en esta comedia *(Se levanta y pisa la mano de Diego)* Debería destrozártela para que no volvieras a pintar ni un sólo cuadro más. *(Levanta el pie)* Adiós Calderona, ahí tienes a tu pintor. Me voy. He de estar fuera de Madrid antes que amanezca. (*La besa*) Aquí nos separamos. Ya no podré protegerte más. *(Camina hacia la puerta)*

CALDERONA.– Lucio... *(Lucio se detiene)* Buena suerte. *(Lucio la mira un instante y sale. Ella acude a Diego. Le ayuda a levantarse.)*

CALDERONA.– ¿Estáis bien, señor?

DIEGO.– *(Levantándose)* ¿Un hijo? ¿Vais a tener un hijo del rey?

CALDERONA.– Sí.

DIEGO.– ¡Vos... señora!

CALDERONA.– Hubo un tiempo en que dudé, pero ahora sé que lo tendré.

DIEGO.– Vos no podéis tener un hijo de ese hombre. De un necio al que se le deshace un Imperio en pedazos...

CALDERONA.– Cuidad vuestras palabras. Es el rey de España y yo, seré la madre de su hijo. «La puta cómica» tendrá un bastardo real, y tal vez un día, reine en algún pedazo de ese Imperio.

DIEGO.– ¿Es cierto? ¿Es verdad lo que ha contado Lucio?

CALDERONA.– Lucio es un pobre borracho.

DIEGO.– Sólo los borrachos dicen la verdad. Contestádme señora. ¿Os debo a vos la libertad?

CALDERONA.– ¿Y si fuese así?

DIEGO.– No lo permitiría. No consentiría que hicieseis eso por mí.

CALDERONA.– ¿Por vos? *(Ríe)* Seguís siendo un

pavo presuntuoso. Yo he rogado ante el rey por vos, es cierto, porque el destierro o la prisión habrían sido demasiado clementes para vos. Yo he querido que sigáis aquí, encerrado. Pintando príncipes nobles y bufones. Obedeciendo a vuestro rey y besando las faldillas de la reina. Para que no podáis dar un sólo trazo sin su consentimiento. Para que seáis un mono amaestrado. Para que atendáis a sus caprichos. Para que viváis bajo su mano, hasta aburrirse de vos. Ya veis, yo os he convertido ahora en la puta del rey.

DIEGO.– No. Vos no seríais capaz de hacer algo así. Yo sé que me amáis.

CALDERONA.– Vamos, señor ¿vos hablando de amor?

DIEGO.– *(Abalanzándose sobre ella)* Decidme que es mentira. Miradme a los ojos y decid que esto no es una burda venganza. Decidlo.

CALDERONA.– Es tarde, señor, y yo también he de irme.

DIEGO.– No. No podéis iros. Necesito saber la verdad.

CALDERONA.– *(Librándose de él)* Ya está todo dicho.

DIEGO.– *(La atrapa)* Vos sois lo único que he amado.

CALDERONA.– Abrid los ojos, señor. Vos sólo amasteis a un cuadro *(Soltándose)*. Adiós, Maese Velázquez. Espero que encontréis a vuestra diosa. *(Sale)*

DIEGO.– *(Corre tras ella.)* ¡María! Esperad. No os vayáis. *(Corre al balcón)* No podéis iros. ¡...María! ¡Vos sois mi diosa! *(Oímos un coche de caballos alejándose. Diego camina hacia el centro de la escena. Llega al cuadro oculto.)* ¡Vos sois mi diosa! ¡Sois mi diosa! *(Suena música de órgano)* Descubre la tela. Vemos un esbozo de gran tamaño de "La Venus del espejo" de Velázquez, iluminado de rojo intenso) ¡Eres mi diosa! (Cae de rodillas de espaldas al público. La luz disminuye hasta el oscuro total.)

TELÓN

Funcionarios y parados españoles se movilizan para evitar que un cristiano sea ahorcad público por expresar sus ideas religiosas.

Sea cual sea tu edad o profesión, puedes hacer posible que la defensa de los derechos humanos sea una realidad. Cartas a las autoridades y difusión de la información sobre el caso, fueron algunas de las acciones que funcionarios, parados, traductores y amas de casa, socios de Amnistía Internacional, realizaron para conseguir la liberación de un cristiano paquistaní condenado a la horca después de discutir con un musulmán y expresar sus ideas religiosas.

22 años de prisión por curar a un enfermo.

Por haber asistido profesionalmente a un paciente acusado de pertenecer a un grupo armado, dos médicos peruanos fueron condenados a 22 años, acusados de delitos de terrorismo. Gracias a la labor de un vigilante de obras, un pediatra, amas de casa y profesores, todos ellos asturianos, fueron puestos en libertad. Personas como tu hacen posible que la defensa de los derechos humanos no sea una utopía, sino una realidad. Amnistía Internacional permite que tu voz se oiga. Que tu esfuerzo sea útil. Hazte socio y colabora con tu aportación económica o tu trabajo.

Amnistía Internacional permite que tu oiga. Que tu esfuerzo sea útil. Hazte soc labora con tu aportación económica o tu

Quiero hacerme socio de Amnistía Internacional por favor envíenme más información

Nombre .....

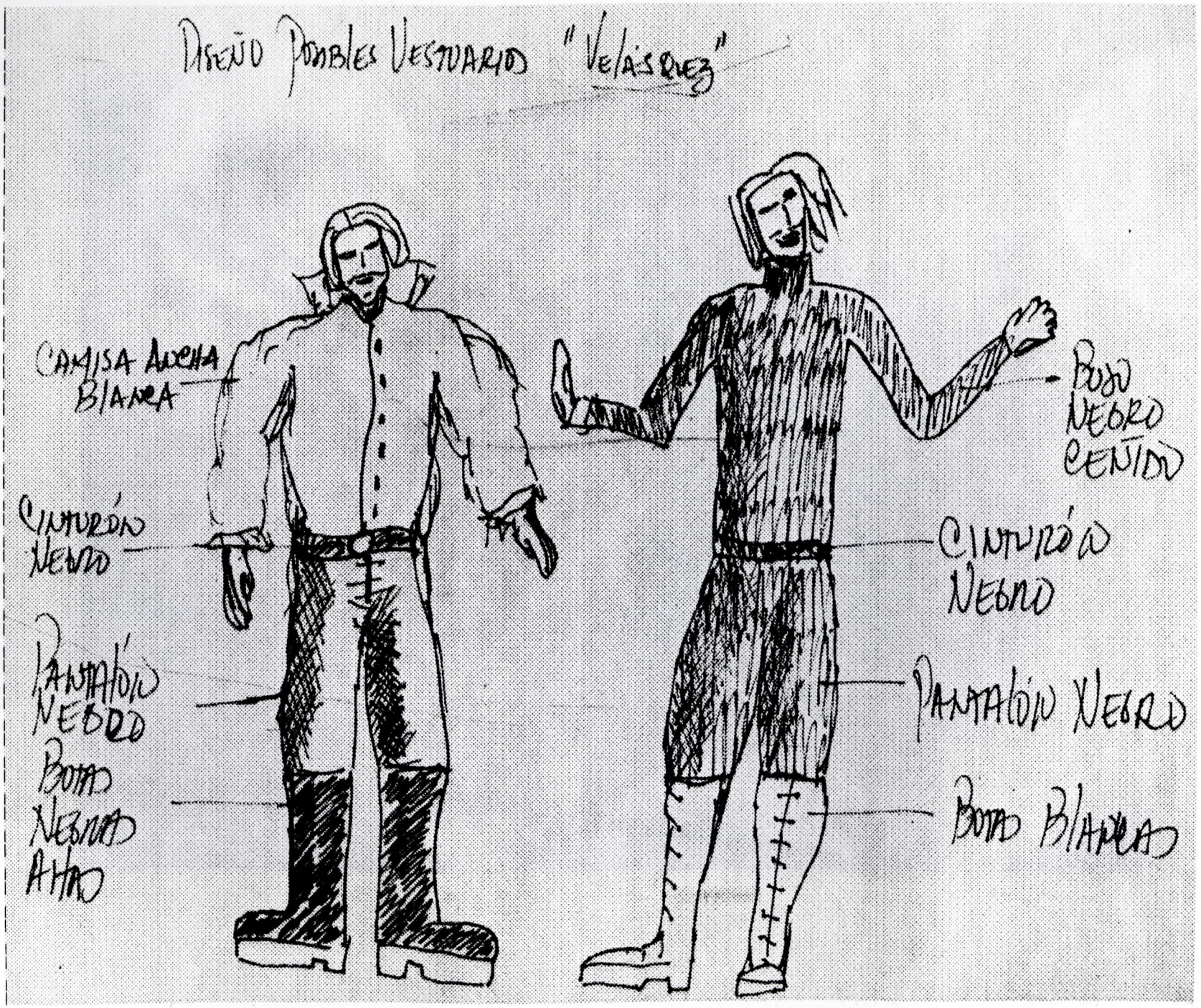
Dirección .....

C.P. ..... Ciudad

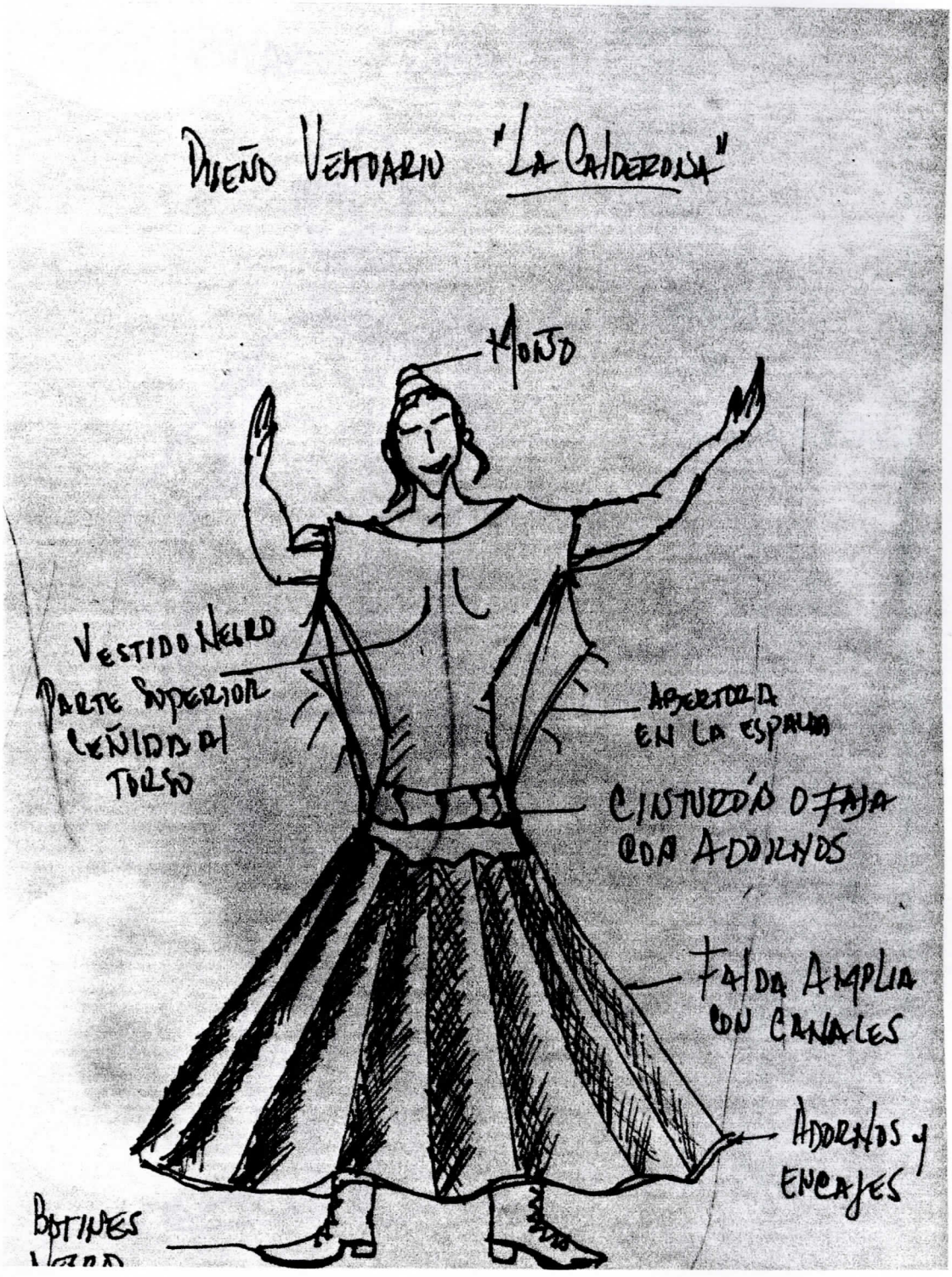
C/ Fernando VI, 8 - 1º Izda.
28004 MADRID
Teléfono 91 310 12 77

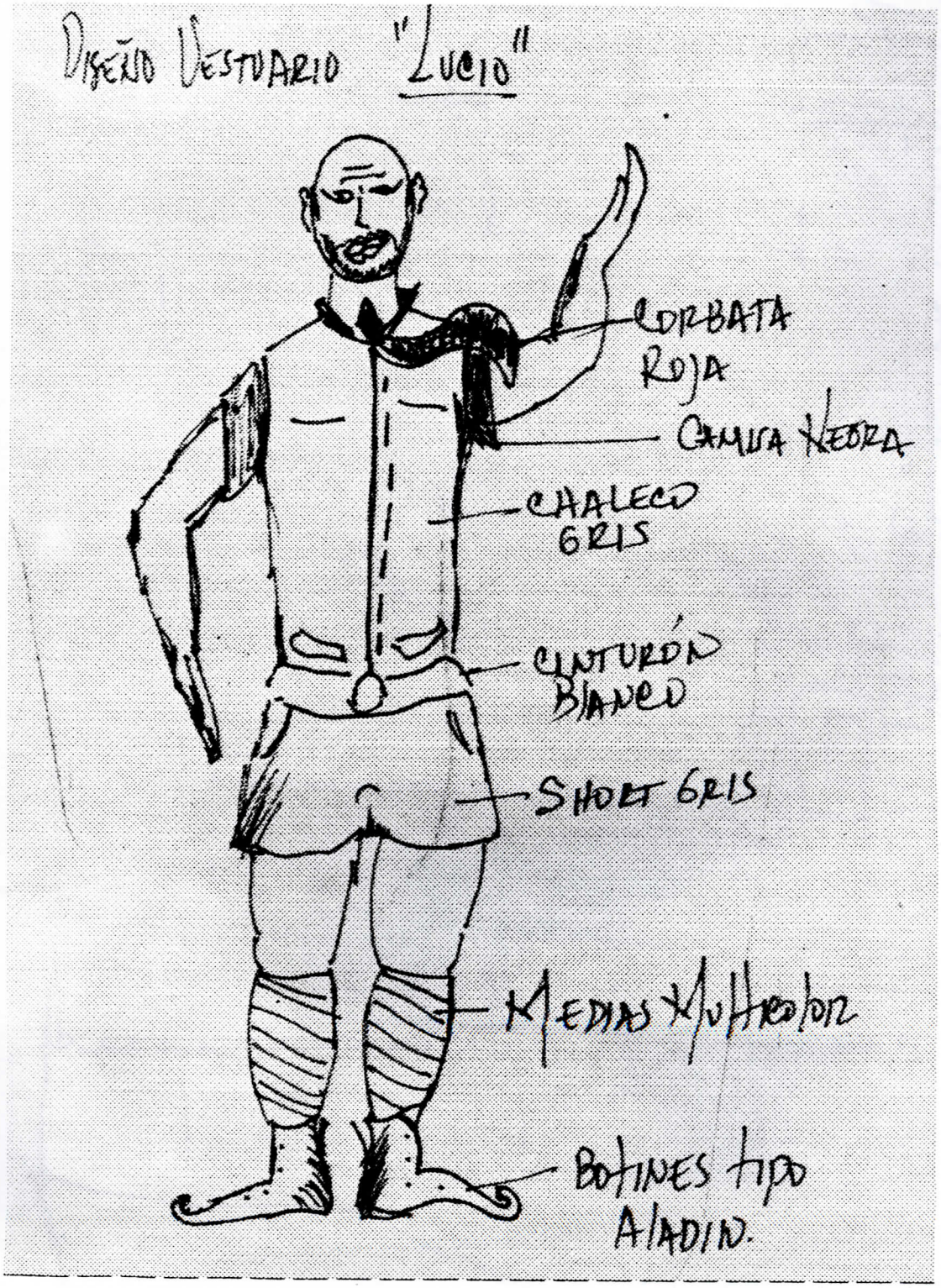
P-044

Amnistía Internacional

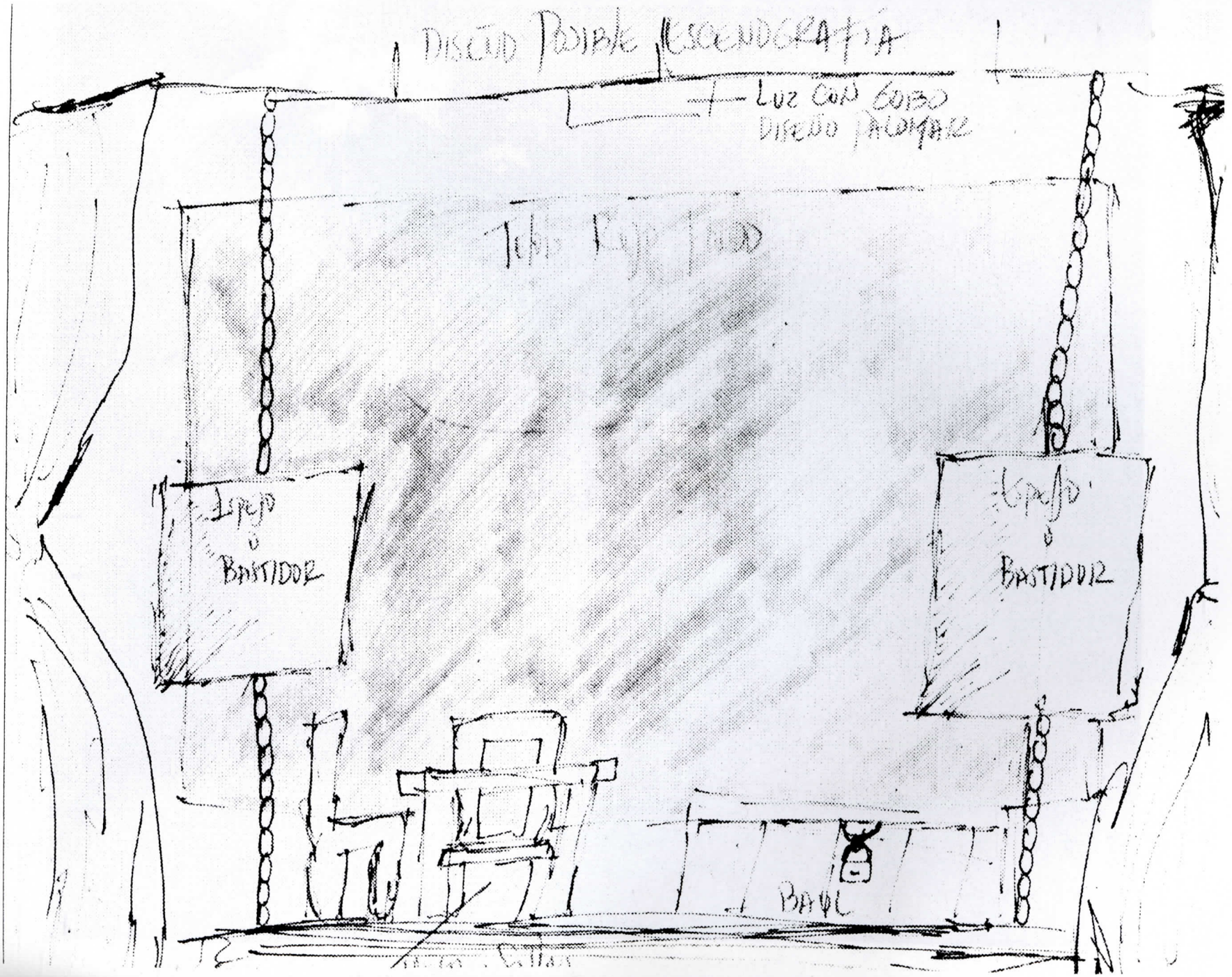

DISEÑO POSIBLES VESTUARIO "VELÁSQUEZ"
CAMISA ANCHA BLANCA
CINTURÓN NEGRO
PANTALÓN NEGRO
BOTAS NEGRAS ALTAS
BUSO NEGRO CEÑIDO
CINTURÓN NEGRO
PANTALÓN NEGRO
BOTAS BLANCAS

DISEÑO VESTUARIO "LA CALDERONA"





UNIVERSIDAD DISTRITAL
FRANCISCO JOSE DE CALDAS
SISTEMA DE BIBLIOTECAS


DISEÑO POSIBLE ESCENOGRAFÍA
LUZ CON FOCO DIRECTO PARA PAR
TELA BOCA TELÓN
TELA
BASTIDOR
TELA
BASTIDOR
BANCO

